

Civilizaciones trastocadas

Publicar, salir de nuevo a la calle, afirmar un punto de vista, avanzar una interrogación... nos parece cada vez más difícil, más incierto, envueltas nuestras razones en la sinrazón dominante o que intenta su dominante. ¿Cómo hablar cuando las palabras expresan ya justamente su contrario? ¿Cómo hablar en contra de... cuando es la estructura misma del lenguaje la dominada e invertida? ¿Cómo pensar las mismas cosas manipuladas por el poder y sus medios de transmisión ideológica, sin sumarnos a la misma confusión que aquéllos promueven, sin ir a remolque de una realidad fabulada e impuesta?

El imperio mediático sobre la realidad hace cada vez más difícil la comprensión de la realidad no mediática, la comprensión de lo que acontece antes de ser elaborado para nuestra formación. Esta dificultad acrecienta nuestra sensación de perplejidad, extrañeza, lejanía; lejanía de una realidad cada vez más difícil de modificar. La sensación de que el curso de las cosas es cada vez más autónomo respecto a nuestra actividad, respecto a la actividad de las mujeres y de los hombres, que cada vez es menos autónoma. Que todo lo que queríamos suprimir vuelve y con más fuerza. La sensación creciente de que las cosas siguen su curso y que van siempre de una manera inexorable, en contra de la satisfacción de nuestras necesidades y de nuestros deseos, en contra de un devenir posible menos atroz y más a nuestra medida humana, y siempre a favor de la, por otra parte, difícil y cada vez más imposible reproducción de las relaciones sociales capitalistas.

La banalización de la información y de los grandes interrogantes que los media nos proponen aumentan la confusión dificultando y diluyendo cualquier interpretación crítica. En este marco de confusión se mezclan apreciaciones generales sobre el momento actual (el fin del comunismo, el fin de la historia, el fin de las ideologías, el fin de un paradigma basado en la razón y en el trabajo...) con relatos invertidos sobre el acontecimiento actual.

Se hace aparecer la caída de los regímenes del Este de Europa como la demostración de la inviabilidad y de la inhumanidad del comunismo a la par que la prueba de la razón capitalista y de su fortaleza, cuando es el mismo movimiento de crisis de la acumulación del capital allí y aquí lo que da las claves de comprensión del fracaso de una forma de gestionar la Economía (planificada) y de las dificultades de la otra (concurrential).

Cualquier referencia objetiva se desvanece; lo mismo puede ser una u otra cosa. Un golpe de estado puede ser un ejercicio democrático: la Junta que aparta al FIS en Argelia por oponerse a la modernización capitalista, o a Gamsajurdia en Georgia por oponerse a la aceptación de la gran Rusia liderada por Yeltsin, son presentadas como los garantes de la razón democrática. La aplicación de la pena de muerte en EEUU es un acto legítimo y en Cuba es su contrario.

Las viejas causas se trastocan. USA pasa a ser el portaestandarte de la causa palestina y el rey Hussein su ayuda más firme, olvidando que el reino hachemita ha estado 20 años reprimiendo a los palestinos en su primera colonización después de 1948 y antes de la del Estado sionista.

Los muros que dicen derrumbar levantan otros más sólidos (el muro Berlín, el muro Europa 92); los llamados avances de las libertades son más sofisticados sistemas de dominio; los avances en el desarme instalan formas superiores de agresión nuclear. La guerra de las galaxias se fortalece pero se habla del desarme en Europa; Torrejón va a ser la mayor base de entrenamiento del avión de combate europeo pero se habla de que, en su vía desarmamentista los americanos dejan la base.

Se nos hace ver un renacer nacionalista resucitando viejos estereotipos (identificando por ejemplo a serbios con partisanos y a croatas con oustachis), cuando es la intervención de los intereses contrapuestos de los distintos capitales nacionales europeos lo que prima.

Es difícil entenderse y hacerse entender en este barullo, pero hemos de entrar en tal confusión para anotar las inversiones realizadas y pensar luego, vueltas las cosas a su lugar, las modificaciones operadas. Quizás entonces podamos hacer las preguntas pertinentes que esta invariante (relación social capitalista) y mutante (las distintas fases de la dominación capitalista) realidad nos pone.

Preguntamos sobre las modificaciones operadas estos últimos años en la organización del trabajo, en los cambios tecnológicos y científicos, en las posibles nuevas formas de energía (la fusión nuclear)... modificaciones que están transformando los comportamientos obreros, las agregaciones de clase, la lucha de clases, la guerra social... tal como lo analizábamos en el número pasado en el artículo sobre el fin del fordismo a partir de la observación de la huelga del transporte del año pasado o como en este número al

hablar de la huelga de los mineros en Asturias o de los estallidos en las periferias urbanas.

Preguntarnos sobre las contradicciones de un capital a la vez multinacional y concurrente (también a niveles nacionales), más allá del estereotipo simplificador de una Alemania o un Japón reemplazando la hegemonía USA. Ver las modificaciones en la invención tecnológica en Japón y en USA, el grado de hegemonía político militar de EEUU y el grado de su hegemonía cultural (simplemente el mimetismo de su modo de vida), junto con una situación interior decadente, con su enorme deuda externa, con el empobrecimiento de sus capas medias, importantes bolsas de miseria (más de cien mil pobres sin techo en NY), insostenible situación en sanidad y enseñanza..., Como esta hegemonía se está desarrollando, controlando los recursos necesarios (Medio Oriente y quizás pronto el Norte de África), en una guerra concurrencial cada vez más estrecha debido a la contracción del mercado y de los beneficios. Y situar aquí el previsible devenir de esta Europa que a la hora prevista de su unificación estalla en razón de sus contradicciones sociales.

Y preguntarnos, más cerca de nosotros, aquí en España, sobre lo que nos viene encima: más allá del bluf desarrollista que nos han vendido estos últimos años, la vuelta de la reconversión industrial, el real empobrecimiento, el aumento del control social (represión policial, mass media, y consenso dirigido), el final de la mediación clásica sindical y las nuevas formas del estallido social y de la lucha de clases.

Etcétera, Barcelona. Febrero 1992.

DEL NUEVO MUNDO

Conocidos los descubrimientos, juzgaron aquellos príncipes buenos y religiosos (los Reyes Católicos) que no había de desaprovechar tan gran ocasión de dilatar el imperio de la religión cristiana. Y para que no pareciese ordenarse o intentarse algo injusto y contrario a las leyes cristianas y aún a las comunes y naturales, mandaron consultar la opinión del Sumo Pontífice, el cual recibida la embajada, no sólo lo aprobó, sino que lo elogió como piadoso y religioso. Pues aunque es la potestad eclesiástica la que más alcanza a estas cosas, pertenece, sin embargo al Imperio el intervenir en ellas, sobre todo en el caso de tales bárbaros, que no puede lograrse, si no se les somete al imperio cristiano, que se reduzcan a la fe por la sola persuasión.

Es justo, según las leyes divinas y humanas, someter a los bárbaros, no para que por la fuerza y el miedo se hagan cristianos, pues si tal cosa se hace es contraria al derecho natural y a la ley divina, sino para obligarlos a observar la ley natural, a la que todos los hombre están sujetos y que ellos violaron, de muchas y horribles maneras... ...y los bárbaros, si rechazan el Imperio, pueden, por este mismo derecho, ser obligados por la fuerza, como lo enseñan los filósofos, pero la mayor autoridad en apoyo de esta guerra fue Alejandro VI, y el resistir a contradecir a sus leyes y públicos decretos es cosa nefanda y castigada con pena de herejía.

Fray Juan Ginés de Sepúlveda, (1491-1573)

EL ESTADO DE GRACIA DE LA DEMOCRACIA

A lo largo del pasado otoño asistimos a un bombardeo de imágenes y palabras sobre múltiples expresiones de violencia: agresiones de skins contra travestís, mendigos e inmigrantes; movilizaciones en pueblos y ciudades contra los asentamientos de gitanos; proliferación de piquetes en barrios contra drogadictos y camellos. Prensa, radio y televisión nos brindan esta diversidad como un todo. Simultanean los diversos mensajes y nos ofrecen un mensaje bien trabado, una argamasa nada ingenua que gira en torno a un discurso cerrado, útil para crear una opinión pública que justifique y haga urgente una mayor intervención del aparato del Estado sobre nuestras vidas.

Nos sumergen en una realidad desde la cual poder legislar a favor de los intereses de algunos (que acumulan la mayor parte del poder político, económico y cultural) y contra los intereses de casi todos. Y así aprobar una Ley de Extranjería contra los inmigrantes, amparándose en una creciente xenofobia y racismo, o una Ley de Seguridad Ciudadana que permita la intervención discrecional de la policía en cualquier lugar y situación (según el método de la patada a la puerta), en nombre de la inseguridad que crean los heroinómanos, camellos y skins.

Lo importante de este mensaje no son los hechos, sino el puzzle con ellos construido. No es el contenido, sino el continente y el discurso: «...estamos ante una irrupción de racismo, la gente es insolidaria, no quiere al otro; al que ve como rival o agresor, quiere más protección, más policía y, a falta de ello, se toma la justicia por su cuenta.»

En nombre de esta situación se promulgan un conjunto de leyes que van a reforzar el poder del Estado hasta olvidar las formalidades democráticas: la diversidad de poderes se extingue para aupar al dictador. El miedo a un parado, a un fascista, al terrorismo, a la droga, son la coartada para ejercer un poder totalitario de nuevo estilo, refrendado por el consenso democrático e incardinado con similares políticas de cuantos países abrazan el nuevo orden internacional.

Ya que el orden internacional que se nos brinda es «nuevo», igualmente nos quieren presentar como nuevos los fenómenos de violencia, xenofobia y racismo, así como sus antídotos o reguladores que en forma de nuevas leyes van imponiendo.

Es en esta pretendida novedad donde se esconde el primer gran engaño. Si analizamos uno a uno los fe-

nómenos que nos ofrecen, vemos que subyace en ellos un lento y largo proceso de desmembración y desintegración de la cohesión social.

Asimismo, las medidas coercitivas por parte del aparato del Estado, tampoco son distintas de las que en tiempos de crisis generalizada y bancarrota de la legitimidad del Estado Democrático se han impuesto a los pueblos en otras situaciones históricas. Desintegración social y coerción son el único cauce por el que la vorágine del capital arrolla al individuo. La única novedad, si acaso, estriba en que el poder sabe de su gran capacidad para convocar a las gentes como espectadores amedrentados de este espectáculo cuyo fin último es victimizar a cuantos más mejor. Se trata, pues, si es que queremos discernir lo real de lo que se nos ofrece como tal, de movernos entre bastidores y analizar por separado los distintos fenómenos.

Xenofobia y fascismo institucional

La ceremonia de la confusión y el temor que desde la pasada década se fue extendiendo en torno a la droga y el Sida, en la década de los noventa empieza a nutrirse con un nuevo ingrediente. Pasada la era yuppy, llega la moda —que no es ni mucho menos nueva— de las cabezas rapadas. Es una versión cutre, pero útil, del fascismo. Y ya se sabe que cuando el estado democrático entra en la bancarrota de su legitimidad, entonces siempre es oportuno desempolvar algún fantasma. Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, el del fascismo ha dado buenos resultados. Ahora, de nuevo, la escasa imaginación de los gestores de la democracia en Occidente les ha llevado a sacar a la calle la imaginería nazi-fascista. No hay que olvidar que la utilización propagandística de la parafernalia nazi-fascista por parte del Estado Democrático tiene sus ventajas. La primera es la de desviar la atención de la raíz de los problemas reales que nos aquejan; sobre todo, de aquellos que la gestión tecnocrática de los estados capitalistas está contribuyendo a generar, como el de la xenofobia y la restricción de los derechos y libertades de las personas.

Austria, Alemania, Francia y ahora España. El fascismo vuelve, según dicen, y todos se frotran las manos.

Las autoridades democráticas practican la táctica del doble juego, como siempre: tolerancia e inhibición policial ante los desmanes de una pandilla de gamberros (celebración del Día de la Hispanidad en Barcelona) y prohibición del homenaje que unos

cantamañanas iban a rendir a los heroicos bombardeos de la población civil de Guernica en 1937 (Madrid, 16 de noviembre). Por otro lado, el gobierno civil no tuvo inconveniente en permitir la conmemoración de la muerte de Franco que los residuos sociológicos del franquismo celebraron en la Plaza de Oriente (Madrid).

Todos estos actos –y las consiguientes actitudes del gobierno civil– cumplieron perfectamente sus objetivos: servir de caja de resonancia para la reedición del fantasma fascista, debidamente instrumentalizado desde el Ministerio del Interior. Porque lo sorprendente no es que un centenar de fetichistas, enjaezados con toda suerte de siniestros amuletos, hayan querido perpetrar un acto de necrofilia en un cementerio de Madrid. Lo verdaderamente sorprendente es que esta convocatoria, que congregó a un centenar de individuos (incluidos los llegados del extranjero), gracias a la prohibición del gobernador civil, haya alcanzado notoriedad pública durante más de una semana en las primeras páginas de los diarios: una publicidad gratuita si atendiéramos a la trascendencia social del asunto (por contra, la huelga de los vendimiadores de Jerez, miles de jornaleros y miles de millones de pesetas de pérdidas pasó absolutamente desapercibida).

Entonces, ¿por qué esta propaganda? ¿Por qué este repentino protagonismo de la escoria dominguera que, cargada de cerveza y un montón de frustraciones, se lanza a apalear –y asesinar– a mendigos, extranjeros y travestís? ¿Es necesario añadir que todo ello se produce con la inhibición de las autoridades policiales, judiciales y administrativas? Demasiadas casualidades para no tener alguna explicación.

El mercado audiovisual funciona para mantenernos entretenidos. Sanamente distraídos y un poco atemorizados, que son las dos condiciones necesarias del consenso bien administrado. Además, la escena política en España está absolutamente envilecida y empobrecida por el propio agotamiento del debate político institucionalizado. Por eso, reinventar el fascismo representa para los gestores del marketing comunicacional la posibilidad de rendir un importante servicio a los gestores del Estado Democrático.

Se hace difícil pensar que el cretinismo colectivizado de unos cuantos hinchas de fútbol constituya el núcleo originario de un fascismo ascendente si no existiera una clara intención de presentarlo así por parte de las autoridades democráticas y sus medios de propaganda escrita y audiovisual. La ingobernabilidad de las metrópolis, la descomposición social patente en los países capitalistas, la necesidad de imponer un estricto control social y la restricción de las libertades, etc., está induciendo en los Estados Democráticos la adopción de medidas de excepcionalidad de manera que la normalidad democrática cada vez se parece más

a la normalización represiva de la Dictadura. En España tenemos un buen ejemplo de ello en las leyes impulsadas por el partido socialista en el poder, entre las que cabe destacar las leyes de Extranjería y de Seguridad Ciudadana, así como la propuesta de una nueva ley de Huelga.

Para un Estado Democrático «fuerte»; es decir, cada vez más sustentado sobre prácticas de corte autoritario, la instrumentalización del fascismo y sus «peligros» representa una última oportunidad para salvaguardar sino las formas, al menos, las palabras, el discurso. Además, la aparición del espectro fascista viene a revitalizar el consenso, favorece el pacto de los partidos en torno a un nuevo frente democrático, tal como se ha llevado a cabo en Euskadi, a propósito del terrorismo.

Para la descalabrada izquierda institucional, la aparición de un fascismo de opereta significa la oportunidad de encontrar un referente supuestamente político con el que intentar revitalizar su participación en la gestión del Estado Democrático. La izquierda institucional –y más en estos momentos de desconcierto– es sumamente sensible al discurso antifascista. De hecho, el antifascismo ha sido el techo histórico del proyecto de la izquierda institucional en los países democráticos (ya sea en su versión socialista, ya en la estalinista).

La explotación por el mercado audiovisual de las hazañas de unos gamberros magnificados en el nuevo peligro fascista y su instrumentalización por las autoridades del Estado Democrático ya está dando los primeros resultados: desviar la atención de la política xenófoba de los países de la Comunidad Económica Europea y del vil papel que le corresponde desempeñar a España, como muro de contención de las corrientes migratorias provenientes de África y América Latina.

De repente, Europa –y España– se ha dado cuenta de que existen emigrantes y que son un peligro para la salvaguarda de eso que llaman la cultura occidental y las buenas costumbres (antes, en los años sesenta, simplemente eran rentables; ahora lo siguen siendo, pero su presencia resulta inquietante). Así, pues, se comienza a tematizar la inmigración en los medios audiovisuales y a generar un clima de recelo, temor y odio entre los votantes.

Se estimulan las pasiones más mezquinas; o sea, se crea opinión pública, y entretanto se promulgan leyes de Extranjería, los responsables de los aparatos de represión estatales planifican en Schengen la puesta en marcha de un cerco policial que preserve al territorio europeo contra posibles irrupciones de extranjeros. Proliferan las declaraciones públicas contra el fascismo, pero se legisla contra el marginado, se criminaliza al diferente y se persigue al extranjero.

El fascismo institucional continuará penetrando en todos los ámbitos de la vida social, continuará extendiendo el chantaje, la humillación y la esclavitud entre los trabajadores inmigrados. Nos continuarán escandalizando con estadísticas que nos digan que el 5%, 10% o 20% de españoles son racistas, pero nadie se percatará de que el mundo está lleno de extranjeros (aunque algunos sean turistas).

Ni al internacionalismo humanista de los hombres y mujeres de la izquierda se le ocurrirá reclamar el derecho inmediato e inalienable de residencia para cualquier persona sea cual sea su lugar de origen. A nadie se le ocurrirá nada parecido porque estaremos preocupados en pararle los pies al fascismo, que además es un buen tema para hacer discursos con frases contundentes, pero nadie, absolutamente nadie cuestionará su identidad, ni la sarta de necesidades con la que se amalgama la cultura común, ni la superchería de ser un ciudadano reglamentario.

La cruzada antidroga y el control social

Las mismas instituciones y poderes económicos que organizan en el seno de nuestras sociedades desarrolladas el levantamiento de muros de contención frente a las migraciones provenientes del Sur o del Este -riadas de hombres y mujeres que huyen de sus tierras ya del todo expoliadas o de sociedades en pleno derrumbe- son los que orquestan la gran cruzada del prohibicionismo y represión de las drogas ilegales, como coartada para levantar el mayor aparato policial a escala internacional que hayamos conocido en la historia del capitalismo; de este capitalismo tardío, cada vez más exacerbado en sus contradicciones y dispuesto, ahora más que nunca, a morir matando.

Los estados y los resortes económicos que los sustentan preparan el fin del milenio bajo el signo del control policial global, única fórmula -parece ser- de evitar el estallido de la frustración colectiva, producto del papel asignado al ser humano en este engranaje: hipotecar la vida en el trabajo para acceder a un consumo innecesario; encajar las dentelladas de la crisis y tragar con sumisión toda la desinformación suministrada por los poderosos aparatos de los media. Todo ello bajo la atenta vigilancia de millones de policías que ordenan la urbanidad y el consumo organizado. Este es el precio que hay que pagar para vivir en el solar occidental, bajo el orden nuevo.

Un orden que, como se proclama a los cuatro vientos, es nuevo e internacional. Nuevo en cuanto que, derrotado el viejo y manido enemigo comunista, se dispone a enfrentarse a nuevos peligros tales como la presumible ira de los pueblos del Sur y del Este y a los últimos destellos de libertad que surgen entre millones de hombres y mujeres, ávidos de placer y evasión, cuando no de autodestrucción. Internacional en cuan-

to nada de lo que ocurra allí donde el dinero y la mercancía han impuesto su ley, es ajeno a los intereses de los grandes grupos económicos o de las reducidas elites sociopolíticas que ostentan el poder.

Las drogas ilegales, la internacionalización de su comercio y la inducción generalizada de su consumo constituyen un eje fundamental del sistema capitalista. En él se inscriben los campos de cultivo de la coca en el continente americano o las plantaciones de adormidera en el Triángulo Dorado y las más cercanas plantaciones de marihuana en el norte de África; sin olvidar las grandes operaciones financieras que permiten aflorar el dinero del narcotráfico en las sedes de las corporaciones bancarias en Suiza, Hong Kong o Luxemburgo, la permanente recomercialización de inmensas partidas de droga proveniente de los almacenes de decomiso policial a las que se une el enjambre de inductores y consumidores existentes en el tejido social. Grandes y pequeñas redes de gentes del pueblo, de millones de jóvenes que, consecuentes con su consideración de que «esta sociedad es una mierda» buscan a través de sus venas el camino de la felicidad, de ese cielo feliz que promete la publicidad del gran mercado, ya sea de coches, perfumes o cavas.

En todo este amplio panorama que une Medellín con Barcelona, pasando por Ginebra, el poder, el Estado mayor del nuevo orden, tiene puesto el máximo interés en que el tema de la droga constituya el nuevo enemigo que necesitan los Estados para seguir ejerciendo el poder y perpetuar así el más alto valor de la jerarquía: prohibir. Prohibir todo aquello que, precisamente por estar prohibido, es en sí mismo objeto de deseo de las gentes. De gentes cuyo denominador común es que comparten el mismo grado de infelicidad en esta carrera hacia el gran mercado de la felicidad artificial; ya se encuentre éste en El Corte Inglés, en las tiendas de motos o bajo los soportales de la Plaza Real en forma de papelina.

La política sobre las drogas se ha convertido en un medio de colonización de los países desarrollados por los pobres¹ y en un cómodo expediente de represión y control interno, cuando no de simple distracción que aparta la mirada pública de conductas mucho más lesivas para los intereses colectivos. No es casual que en aquellos colectivos donde ha saltado una chispa de rebelión contra el sistema, o donde la lucha se ha mantenido a niveles de enfrentamiento directo con el aparato de Estado, la heroína haya sido el elemento más contundente para acabar con estas rebeliones.²

Estas prácticas político-policiales las podemos reconocer fácilmente en algunas situaciones conflictivas claves que ha tenido que enfrentar el Estado del Capital en los últimos veinte años. Así, en la Inglaterra tatcheriana fue en el transcurso de la larga y dura huelga de los mineros cuando ingentes cantidades de

heroína «políticamente» abaratada se traficó entre colectivos de jóvenes de las ciudades mineras o de los grandes centros fabriles. Jóvenes –aún no incorporados plenamente al trabajo por su edad y sin expectativas de hacerlo dada su clase– que para los intereses del Estado no podían bajo ningún concepto sucumbir al sueño de la rebelión que se vislumbraba tras las barricadas mineras. Fue para muchos de ellos el placebo de la evasión galopante lo que les alejó del escenario donde tenía lugar uno de los últimos grandes enfrentamientos entre Capital, Estado y Trabajo.

En nuestro país el mismo caso lo hemos podido ver más de cerca en Euskadi; en el modo como se han levantado muros de polvo blanco entre sectores de jóvenes que asistían a la descomposición de una lucha emprendida otrora por su pueblo, sin más posibilidades que escoger entre una ikurriña y el caballo.³

Aprovechando que este comentario que hacemos en torno a la amalgama –violencia juvenil, xenofobia, ley Corcuera, cruzada prohibicionista– nos ha llevado a recalar en territorio español, sería oportuno analizar qué función tiene esta campaña antigitana en la que, desde posiciones estratégicas distintas aunque coincidentes, sus principales protagonistas en el partido del gobierno, han participado sectores sociales y aparatos de prensa que cubren un amplio espectro.

Un chivo expiatorio: los gitanos

Ya es bien sabido el trato que a lo largo de la historia de nuestro país han recibido los gitanos. Han ejercido de demonizados oficiales en multitud de ocasiones y han sido utilizados como pretexto para el ordenamiento y moralización del personal.

Igual de antiguo sucede que el pueblo –como bien entendió el Gran Inquisidor– adora ser entretenido y aterrorizado por campañas que le «salven de enemigos» y está deseando abrazar a los líderes que se ofrecen a descargar la losa de libertad colocada sobre sus hombros; sabedor que sus líderes les protegen de las brujas y traficantes y le están salvando para Dios y la salud. No están tan lejos las campañas antiebridad con motivo del rápido proceso de industrialización y proletarización, combinado con la aparición de grandes concentraciones urbanas. Eran parecidas a las actuales cruzadas antidroga, que baten los bajos fondos y los suburbios de las mismas concentraciones urbanas, sumidas en la actualidad en otro rápido proceso; esta vez, de desindustrialización y derrumbe de las viejas cohesiones sociales.

También ahora, igual que entonces ocurriera con la ebridad, las formas de drogodependencia empiezan a simbolizar la medida de desviación que grupos determinados admiten sin temor a desintegrarse, y las medidas propuestas se ligan a esfuerzos de control

cuyo objeto son sectores definidos por su marginalidad. Tampoco es nueva la práctica ejercitada por el Estado de vincular los hábitos farmacológicos con características étnicas o sociales muy precisas, fácilmente identificables por el pueblo. Estas características en España se hacen concurrir –más en cuanto inductores que consumidores– en el chivo expiatorio nacional por excelencia: los gitanos.

En este colectivo se amasan –manipulación incluida– ingredientes diversos que facilitan a la Administración el objetivo de centrar la atención de la opinión pública mayoritaria contra una minoría impotente y secularmente marginada. Así, por ejemplo, los incendios de casas gitanas en Mancha Real, capitaneados por el mismísimo alcalde (PSOE); las escandaleras de vecinos de diversas ciudades españolas, donde los payos impedían entrar en el recinto de las escuelas a los niños gitanos; las declaraciones de Vera, director general de la policía, cuando afirmó que el 70% de las detenciones por tráfico de droga al por menor afectaban a la población gitana.

Son tres partes de una misma campaña que derivó en manifestaciones y piquetes ciudadanos contra la droga, apaleamiento de camellos y clamor generalizado de «más policía». Hubo también llamamientos a los patriarcas gitanos para que se pusieran al frente de las manifestaciones y colaboraran con la policía, anticipándoles el perdón de los arrepentidos. El mismo perdón que se les ofrece a los adictos que colaboran, cambiándoles el tratamiento de heroínomanos por el de enfermos arrepentidos.

Y no hay que olvidar que estos hechos aquí recordados transcurrieron en un espacio de tiempo corto (seguro que hoy se podrían volver a improvisar con los mismos actores y espectadores) y, sin embargo, gozaron de la intensidad que proporciona la concentración de noticias, imágenes de yonkis dialogando con la policía en pleno trance del pinchazo, debates de «los expertos de siempre en todo» en radio y TV, publicidad antidroga, etc. Una intensidad informativa de efectos intravenosos fulminantes, tendentes a conformar una lógica general proclive a la aceptación de medidas autoritarias. La coartada es perfecta y, a la vez, se deriva hacia chivos expiatorios preseleccionados, la creciente insatisfacción social.

Así, se va preparando al pueblo para que soporte de sus líderes cuantas leyes sirvan para potenciar la eficacia policial. Y el Estado, erigido en árbitro de la aparente confrontación –dada por real a través de los mass media– entre la mayoría paya y la minoría gitana, va ultimando el gran banquete del Capital, al tiempo que se legitima incluso hasta el punto de poder tachar de racistas a aquellos que se tomen la justicia por su mano.

Con este pueblo y con este Estado, los emigrantes magrebíes, polacos o senegaleses serán, cuando

convenga, las nuevas víctimas propiciatorias a utilizar en aras de una terapéutica preventiva del cuerpo social. Y así, nuestro paisanaje, convenientemente adoctrinado por sus líderes, protegido por la Ley de Seguridad Ciudadana y la de Extranjería, se hallará incorporado a este muro de contención del Norte frente al Sur. Un muro endeble, pues está construido por las voluntades de millones de seres que se saben arrepentidos de antemano, ya que una gran losa de prohibiciones pesa sobre ellos.

Ahora, en el invierno, continúan pasando las mismas cosas y aún peores (apaleamientos policiales, acciones de los cuerpos de seguridad por el método de la patada en la puerta, muertes por sobredosis, etc.), pero la Ley de Seguridad Ciudadana y el Reglamento para la aplicación de la Ley de Extranjería ya han sido aprobados. Por tanto, la droga, el racismo y la xenofobia han dejado de ser realidades en el mercado audiovisual.

Etcétera, diciembre 91

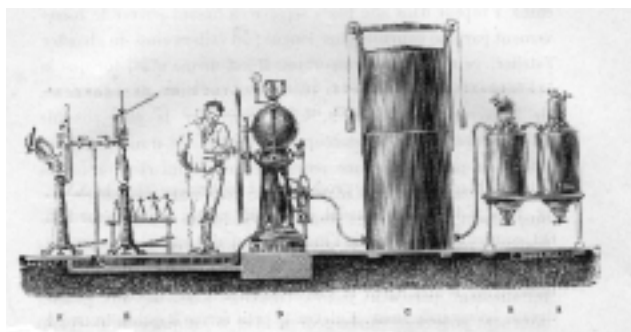
Notas.

1. Los territorios del Tercer Mundo son sometidos a extorsiones políticas, devastaciones botánicas y a la persecución de sus campesinos porque producen la materia prima de los principales agentes psicoactivos ilícitos; una materia que mata a occidentales a miles de millas de distancia. Al mismo tiempo en Occidente se venden las mayores cantidades de psicoactivos lícitos, desde el tabaco y el alcohol hasta estimulantes y sedantes patentados, con una propaganda dirigida a fulminar cualquier competencia por parte de los fármacos tradicionales de los países del Tercer Mundo. Ahí el tabaco, desde luego, el norteamericano es cinco o diez veces más barato que en el sector civilizado del mundo y no lleva adherida la leyenda de que puede perjudicar la salud, aunque el dentífrico o las sulfamidas cuesten el triple. Y allí, también se venden por cartones de envases el valium o las benzodiazepinas, indicando sus prospectos que no son drogas, sino decentes medicinas (Escotado, *Historia de las drogas*).

2. La cruzada farmacrática fue el invento de un solo país –coincidiendo de modo puntual con su ascenso al estatuto de superpotencia planetaria–, que se exportó al Tercer Mundo mediante una política de sobornos y amenazas. Las naciones del bloque occidental y soviético adoptaron el modelo cuando no sufrían problemas sociales o individuales derivados de las drogas y cuando la iniciativa de Estados Unidos –vista a distancia– parecía algo exclusivamente humanitario. Una vez creado el problema, todos los gobiernos comprendieron las distintas rentas políticas

y económicas que se derivaban de mantener la cruzada. (id.)

3. Sirva como ejemplo la crónica de lo ocurrido en un pueblo de la costa vasca, Ondárroa, con motivo del aislamiento forzoso que tuvo que soportar durante varias semanas a causa de las fuertes nevadas de 1988, que se combinaron con un temporal en el mar. Las fuerzas de la naturaleza impidieron también la llegada de la droga. Un buen número de jóvenes enganchados –hijos y hermanos menores de muchos de los luchadores nacionalistas que ha dado esta villa– decidieron reconvertir el síndrome de abstinencia en actividades que iban desde la tala y limpieza del bosque hasta el arte, pasando por la reflexión sobre sí mismos y el entorno. Cuando vino el deshielo y la mar permitió reanudar el transporte, los camellos encontraron a guisa de recibimiento pintadas de rechazo e invitaciones al desalojo. Al no ser éstas atendidas, algunos jóvenes optaron por el enfrentamiento directo, produciéndose la muerte de uno de los principales traficantes, personaje conocido en los círculos de la Guardia Civil local. La justicia cayó sobre los nada anónimos incitadores al enfrentamiento con los camellos. Desconocemos si ahora ya vuelve a circular la heroína por Ondárroa, ni sabemos cuantos son los enganchados actualmente. Pero entonces, muchos jóvenes se quedaron perplejos entre la represión, por un lado, y la incomprensión de los luchadores de siempre, por otro, que los acusaban de favorecer el incremento de la represión antinacionalista.



LOS MURMULLOS DE LA CRISIS: LOS ATAQUES DE IRA EN LOS SUBURBIOS FRANCESES

Los disturbios de los jóvenes de los barrios pobres de los suburbios donde viven muchos trabajadores inmigrados se han convertido en algo corriente en Francia. Muy a menudo estos disturbios se originan a raíz del asesinato de algún joven a manos de comerciantes, de guardias privados o de la policía del Estado. Cerca de 300 extranjeros o jóvenes de procedencia extranjera (casi en su totalidad de África del Norte) han encontrado de esta manera la muerte en los últimos diez años. Es una lista muy larga, una pesada carga para todos los propagandistas de la democracia en el País de «Los Derechos del Hombre»... La violencia destructora de los jóvenes tiene como objetivo los lugares de comercio, como si se tratara de un rito para aliviar el sentimiento de consumidores frustrados. Pero a medida que las revueltas se suceden y que los muertos aumentan, el objetivo privilegiado reside en aquellos que representan la represión del Estado. La simple llegada de la policía se convierte, en muchos de estos barrios, en la ocasión para iniciar disturbios.

Se trata, en resumen, de explosiones de violencia en las que se expresa una rebelión contra otra violencia: la de las condiciones de vida de los jóvenes en los barrios proletarios. Teniendo en cuenta su extensión no podemos verlas más como simples «accidentes» o como problemas de «orden público». En poco tiempo, el problema de los suburbios, unido a la marginación de una parte considerable de la juventud, representa uno de los más graves problemas de la sociedad francesa. Los distintos partidos políticos - que hasta el presente sólo han ido detrás de las consecuencias de la crisis- son incapaces de darle soluciones. Incluso las recetas reformistas parecen ridículas ante la magnitud del problema.¹ Queda, tanto para unos como para otros, el amplio camino de la demagogia que halaga los miedos y la irracionalidad popular. No se puede negar que esta oleada de disturbios replantea la capacidad de las sociedades capitalistas desarrolladas para enfrentarse a estas reacciones violentas originadas por el parón de la economía. ¿Qué espacio le queda al reformismo en este paisaje de desastre industrial y social que se hace cada vez más grande? ¿Cómo poder gestionar estas zonas urbanas tocadas por el látigo del paro masivo? ¿Qué se debe hacer con estas comunidades proletarias desestructuradas por la crisis de estos últimos años? Es cierto que se ha

llegado (después del fracaso de algunas de las grandes huelgas recientes) a imponer una «pacificación social» momentánea en la relación antagónica de las clases. Estas revueltas constituyen, por consiguiente, el precio que debe pagar el capitalismo si quiere mantener un paro de masas indispensable para esta pacificación.

A la degradación de los barrios obreros y al aumento del paro, se une la profunda crisis del sistema escolar. Está reconocido que, en los países industrializados, el peso del paro lo soportan principalmente los jóvenes y las mujeres.² Estos son los estratos de población que sufren en primer lugar las consecuencias de los altibajos del mercado de trabajo. Sabemos también que la posibilidad de acceder a este mercado depende cada vez más del nivel de los estudios. Si nuestra época conoce un alargamiento considerable del tiempo de escolaridad, podemos constatar al mismo tiempo el rápido aumento del fracaso escolar. Aún más, este fracaso se produce cada vez más pronto en la vida del estudiante. Muchos jóvenes se ven expulsados de la escuela antes de haber podido obtener los certificados indispensables para poder acceder al mercado de trabajo. Este fracaso escolar aparece, claro, entre los jóvenes de medios proletarios, los que viven en los suburbios, en las familias castigadas ya por el paro y la miseria, víctimas de los tiempos de crisis.

Rechazados por la escuela, con pocos medios para entrar en el mundo asalariado, estos jóvenes se quedan atrapados en los barrios que fueron concebidos en su origen como «dormitorios». Abandonados en el aburrimiento de este universo frío de hormigón, estos jóvenes se reagrupan de manera natural en bandas que se constituyen en base a su «territorio» (barrio, bloque) o por el hecho de pertenecer a una comunidad concreta (árabe, negroafricana, de las Antillas, portuguesa, etc.). Por lo que hace a aquellos que logran escapar del fracaso escolar precoz, se encuentran enseguida con muchas dificultades para romper con la selección de clase de la enseñanza.³ Para los que tienen más suerte el sistema les «reserva» una panoplia de «stages» con salarios bajos y los «McDonald's job's» Estos empleos precarios que constituyen lo esencial en los puestos de trabajo creados por la vuelta a la economía del neoliberalismo. Para los demás, «el futuro glorioso» reside en la marginación de por vida. Como diría la madre de uno de estos jóvenes asesinados: «Aquí un joven, o bien se droga, o roba, o es asesinado por la policía»⁴

El cuadro general de la reproducción de clases se halla tocado de diferente manera por los efectos de la crisis económica. En la parte alta de la pirámide social la reproducción de las clases burguesas se realiza de manera cada vez más exclusiva (desde los liceos de elite a las grandes escuelas). Por el contrario, por la parte baja el proceso se halla muy desorganizado. Se ha acabado, eso sí, con la reproducción tradicional de la clase obrera en el seno de la comunidad proletaria misma. A la sombra del crecimiento capitalista que se presentó como el estado «natural» de las cosas los hijos de los obreros se convertían en obreros, técnicos, empleados. Hoy en día se convierten en parados, delincuentes, drogados... ¡cadáveres! En el mejor de los casos harán lo mismo que sus padres o guardias de supermercado. Se ha dado la vuelta a una página: ya no estamos en la época en que la integración capitalista de la clase obrera pasaba por la promoción individual.

Durante el movimiento de los Liceos de 1990 apareció con toda claridad la fisura social en el seno de los jóvenes escolares. La enorme distancia entre las condiciones materiales de la escuela de los barrios y la de las ciudades destruyó el mito de la escuela «republicana y laica», igualitaria y generosa que se hallaba en la base de la ideología socialista. Este movimiento fue principalmente el de los jóvenes estudiantes de los suburbios. Al inicio se movilizaron por razones de «seguridad». Con su espíritu rígidamente legalista, los socialistas en el poder, se apresuraron a proponer ¡más policía a la puerta de las escuelas! Pero si los estudiantes protestaban contra algunos casos aislados de violencia, no eran tan ingenuos como para separar esta cuestión de las condiciones de vida de los barrios y, principalmente, de la degradación de los mismos lugares y medios escolares. De una manera muy rápida la reivindicación de una «escuela mejor» se convirtió en una crítica de las opciones políticas del Estado, de la lógica económica. Y, a algunos meses de la guerra del Golfo, el eslogan ¡Escuelas sí, armas no! fue retomado con mucho gusto por el conjunto de los estudiantes de secundaria. Y la enorme fosa existente entre las condiciones de vida de los jóvenes de las ciudades y las de los jóvenes de los suburbios salió a la luz del día. La «sociedad dual» emergía del campo de la investigación sociológica para hacer irrupción en la realidad inmediata. Se ponía sobre el tapete la cuestión de los suburbios.

Las organizaciones antirracistas ya no pueden jugar ningún papel en esta nueva situación, y se encuentran completamente desbordadas por los acontecimientos. Es lo que le sucede de manera particular a SOS-Racismo, para quien su época de apogeo correspondió con la fase precedente de las luchas de los jóvenes,⁵ cuyo objetivo consistía en hacerse aceptar por la sociedad francesa. Se debe reconocer hoy en día que

este movimiento movilizó principalmente a los jóvenes ya integrados socialmente, más cercanos a las clases medias. Se rechazaba la concepción casi racial que identificaba nacionalidad francesa con color de la piel. Gracias a sus acciones logró imponerse la idea de una Francia multirracial incluso en el seno de la clase política. Exceptuando, evidentemente, a los medios reaccionarios y xenófobos, para quienes todos los problemas que existen en la sociedad hay que cargárselos a los inmigrantes, principalmente a aquellos que ya no lo son, ¡sus hijos y sus hijas! En general, el discurso anti-inmigrado de estos ambientes se construye sobre el tema ambiguo y pseudo-científico de las «culturas específicas»: los trabajadores árabes y africanos no son «integrables» ya que poseen una «cultura particular».⁶

En sus proyectos políticos, el poder socialista ha querido introducir este reconocimiento de la juventud surgida de la inmigración. Reconocimiento formal: en la medida que estos jóvenes permanecen marginados económicamente. Como se sabe incapaz de solucionar el problema del empleo, el poder ha optado por poner en marcha un encuadramiento de los barrios mediante un ejército de «educadores-animadores».

Muchos de los militantes antirracistas de los inicios se hallan de esta manera recuperados en este proyecto de gestión y de control de su propia miseria material y moral. Fiel a su tradición, la socialdemocracia intenta arreglar los problemas en la superficie, dejando intocadas las verdaderas causas. Actuando de esta manera, se calculaba mal la extensión de la insatisfacción y de la rabia de toda una parte de la juventud. En la actualidad, sin medios, dependiendo de las redes del clientelismo y de la corrupción política, estos «animadores-educadores» se han dado cuenta de su impotencia ante la enormidad de la tarea. Y aún más, tienen que hacer frente a una nueva generación: los que provocan los disturbios tienen entre 10 y 18 años, desconfían enormemente de los políticos y observan con sorna el trabajo de «animación» que realizan estos «hermanos mayores».⁷

El rechazo de que son objeto las antiguas organizaciones anti-racistas y el fracaso del «trabajo social», se une al desplome de las antiguas redes políticas y sindicales que existían anteriormente en estos medios proletarios. El poder se halla a partir de ahora, en estas zonas urbanas, frente a una ausencia total de interlocutores institucionales. No sólo es que nadie controla a nadie, sino que nadie puede otorgarse la representación de nada. En resumen: nos hallamos ante un bloqueo de todo el proceso clásico de negociación y de integración de los conflictos. Sólo queda la intervención de las fuerzas represivas y su cortejo de humillaciones racistas, de arrestos, y de vez en cuando, de muertos.⁸

A través de los disturbios, los jóvenes de los suburbios expresan una cierta conciencia de su condición: una vida de asco y de aburrimiento, una impotencia para cambiar el desarrollo de las cosas. Para ellos la juventud no es esperanza del futuro sino desesperanza. Tienen conciencia de que el único medio que les queda para presionar a la sociedad reside en la destrucción de su siniestro alrededor. Como la gran mayoría de entre ellos se hallan excluidos de las relaciones sociales del asalariado, no tienen ninguna posibilidad de bloquear los engranajes del sistema. Excluidos del proceso de producción de la mercancía se dan cuenta de que son consumidores frustrados. Ya se sabe: el proletariado sólo es consumidor en la misma medida en que es explotado. Su impotencia se dirige entonces hacia los «media» frente a los cuales tienen una actitud ambigua. Si, por un lado, se los ve claramente como instrumentos del poder y a los periodistas se les prohíbe permanecer en estos barrios populares, los jóvenes están convencidos de que deben pagar de alguna manera la amplificación mediática de sus arranques de cólera. En cierta medida acaban identificándose con la imagen que de ellos mismos han fabricado los periodistas.

Toda una generación se halla ahora formada, en sus actitudes y en su mentalidad, por esta marginación que favorece los comportamientos de fracaso y de agresividad auto-destructora. Esta imagen negativa de sí mismo les es constantemente recordada por las exigencias del «nuevo» mercado del trabajo. Se trata del mundo de la precariedad, de la inestabilidad, de lo inmediato y de la individualización salvaje de las relaciones. Si logran escapar de su destino común, acaban creyendo algunos que es el resultado de su capacidad excepcional... Sabiéndose explotados por el sistema, ignoran la solidaridad activa que puede surgir en el seno (y contra) de las relaciones sociales asalariadas. La ideología del darwinismo social (la selección de los mejores) les parece la más ajustada a su experiencia.

La reestructuración capitalista produce también estragos en las relaciones internas de la familia proletaria. Muchos jóvenes salidos de la inmigración lanzan una mirada de disgusto sobre la experiencia vivida por sus padres. No pueden aceptar el balance de estas vidas fracasadas: desarraigo, sobre-explotación, enfermedades, desprecio social, guetos y, finalmente, el paro... La humillación del padre produce deseo de venganza; deseo tanto más furioso cuanto el propio destino aparece bloqueado. Hubiera cabido pensar que la toma de conciencia de esta explotación destructora hubiera permitido originar una revuelta contra las reglas de la sociedad. Pero por el momento, se observa más bien la formación de grupos de tipo autoritario en estos barrios en los que los jóvenes se imponen

maneras muy violentas de funcionamiento. Un desarrollo que no trae valores particularmente emancipadores. Cuando la experiencia colectiva es la de la ganancia, no hay muchas posibilidades de que veamos surgir un deseo real de autonomía individual y de sociedad nueva. Esta actitud individualista y egoísta («a cada uno lo suyo») se ve fomentada por la desconfianza general que se respira hacia las formas tradicionales de acción colectiva. La crisis del sindicalismo reformista, el hundimiento del capitalismo de Estado, el vacío de la socialdemocracia moderna, todo esto pesa sobre la conciencia de las nuevas generaciones. La actitud individual de sobrevivir es su respuesta al presente momento de la Historia. Una respuesta -que quisiéramos provisional aunque sin vuelta atrás- al fracaso del viejo movimiento obrero.

Un reciente estudio demográfico oficial resaltaba que, en 1978, «un francés de cada tres tiene, de hecho, o el padre o la madre extrajeros».⁹ Un dato que es suficiente, él sólo, para ridiculizar las habladurías racistas y xenófobas que envenenan lo cotidiano. Situada en el centro de Europa, la sociedad francesa ha estado desde siempre atravesada por las migraciones del Este hacia el Oeste, del Sur hacia el Norte. Hoy en día se cree que viven en Francia 3,7 millones de inmigrantes, pero «había ya cerca de 3 millones en 1931».¹⁰ Ante los planteamientos primarios que presentan el problema de los suburbios como simples problemas de inmigración, ¿no se puede contestar que más bien se trata antes que nada de un problema de integración del proletariado en un capitalismo en crisis?

En las movilizaciones de los 80, la juventud originaria de la inmigración luchó para hacerse aceptar en el seno de la sociedad civil. El problema de hoy es el de la exclusión de la producción de los jóvenes salidos del proletariado inmigrado.

En todo el mundo industrializado, el poder político reconoce de manera abierta que amplios sectores de las clases populares quedarán definitivamente situados fuera del proceso de explotación capitalista. En la etapa actual de estancamiento de la acumulación, este no es un problema específico de la sociedad francesa. Es por esta razón que estas explosiones de cólera se repiten por todos lados en Europa, de Bélgica a Gran Bretaña,¹¹ y constituyen los primeros signos violentos de una reacción contra la pauperización de la época neoliberal que vivimos.

Si los jóvenes surgidos de la inmigración se ven masivamente afectados por esta pauperización, es porque sus padres se hallaban concentrados en los sectores industriales más afectados. Los barrios con «problemas» son aquellos en donde viven los trabajadores del automóvil, las ciudades mineras o del textil, las zonas de antigua siderurgia. El capitalismo francés de

después de la guerra fundamentó su acumulación en estas ramas, donde había una explotación concentrada de mano de obra no cualificada. Hoy se pagan las consecuencias de la reestructuración de estos sectores. Intentar reducir este aspecto de la crisis capitalista a un problema de inmigración, es una pirueta simplificadora.¹² Hasta hace muy poco el capitalismo francés pudo minimizar el precio social de los despidos recurriendo a medidas de expulsión disfrazadas: la famosa «ayuda para regresar». ¡Esto se ha acabado! Para los jóvenes, su país es su suburbio, y esta receta milagro ya no funciona. El problema de la destrucción de las comunidades proletarias se vuelve visible y parece insoluble.

Estos estallidos de cólera no logran ir más allá de la frustración y de la autodesvalorización. Pero, poco a poco, un sentimiento más político de injusticia aumenta en los barrios. Sin embargo todo este despilfarrero de vidas, de deseos y de esperanzas no se percibe casi como un producto acabado de la explotación capitalista. No se cuestiona el sistema. Se agarran incluso a la ilusión de que podría ser distinto. Se arregla todo de tal manera para hacer creer que el hecho de que estos hombres y mujeres sufran, es debido a su origen extranjero. Mientras que la verdadera causa reside en el hecho de haberse encontrado proletarios allí donde están en este momento. El origen extranjero de este proletariado facilita la represión capitalista y agrava sus consecuencias. Pero el origen de este estado de cosas se halla en su condición de proletarios, no en la de inmigrados. La realidad es que al sentimiento anticapitalista le cuesta atravesar la pantalla de humo nauseabundo del racismo. La Guerra del Golfo (con su campaña nacionalista anti-árabe) vino a fortalecer el sentimiento de exclusión de una juventud que no quería otra cosa que ser tratada como «francesa». La herida todavía se abrió más.

Nos equivocáramos si pensáramos que la situación actual en Francia se parece a la de Estados Unidos, donde las comunidades raciales tienen tendencia a replegarse sobre sí mismas y sufren una descomposi-

ción y una autodestrucción aceleradas. Es la diferencia entre las dos situaciones la que da al casi francés sus características potencialmente explosivas. Existen innumerables puentes entre esta juventud marginal y el resto de la sociedad. Aunque la mayoría de los jóvenes de estos barrios se encuentran en situación de fracaso escolar, poseen siempre lazos con las escuelas. Se asiste a veces a manifestaciones de «lycéens» que protestan contra la represión policial. Por otro lado y no obstante los efectos de la crisis, muchos trabajadores activos continúan viviendo en estos barrios. Otros, que han podido desplazarse hacia otras zonas menos degradadas, se sienten concernidos y solidarios ante la injusticia social que afecta a los hijos de sus compañeros de trabajo. De manera subterránea y silenciosa esta cólera se añade al descontento que existe en la actualidad en el mundo del trabajo y que busca todavía su manera de expresarse. A pesar de las barreras del miedo xenóforo y del racismo, el estado de ánimo de los jóvenes de los suburbios acaba repercutiendo sobre las relaciones sociales en general.

Una última palabra optimista. A pesar del individualismo triunfante y el auge de los grupos de tipo autoritario, vemos aparecer en estos barrios algunos casos de auto-organización fundados en los principios de la ayuda mutua y de la solidaridad. Esto puede tomar la forma de clubs de fútbol o de grupos musicales, pero también se crean asociaciones para ayudar a las familias de los jóvenes heridos o muertos, redes de apoyo a los presos, etc. Esto se hace fuera de las antiguas organizaciones (partidos y sindicatos). Representa un signo de que estas comunidades no son sumisas al fatalismo y a la resignación. Es también la esperanza de que una visión más política motiva la acción de los jóvenes originando una voluntad de rechazo radical del sistema. Si no existe, todo esto no será más de lo que el gran escritor argentino Roberto Arlt llamaba: «el rumor de un edificio social que se hunde».

Charles Reeve. París, julio 1991

Notas

1. Los partidos quieren recuperar los sentimientos de inseguridad surgida de la crisis para justificar la razón de Estado. Soluciones: la imaginación de los socialistas no va más allá que la del gobierno de Pétain. Como en los tiempos de los «Campos de trabajo del Mariscal», prevén enviar en la actualidad los jóvenes de los suburbios al campo: trabajar en el campo, limpiar los bosques. Esperamos con regocijo la puesta en marcha de estas medidas...

2. En estos países, la tasa de paro entre los jóvenes, es prácticamente el doble que la de la población adulta. Ver Doris Clere, «Jóvenes sin porvenir», *Le Monde Diplomatique*, París, mayo 1991.

3. La exclusión de los alumnos de origen inmigrado se realiza hasta el final de la enseñanza secundaria. Consti-

tuyen alrededor del 10% de los alumnos de primaria, el 7% de los alumnos del principio de la secundaria y el 4% del final de la secundaria... El éxito escolar sirve para escapar de la familia y de la represión sexista.

4. *Libération*, París, 10 de junio 1991.

5. SOS Racisme surgió a mitad de los 80. Desde sus inicios fue aupada por el Partido Socialista en el poder. Sus fundadores provenían de ambientes troskistas. Una parte de entre ellos se dejó engatusar por el aparato político del P.S. Uno de sus fundadores es diputado del PS y otro ministro para los Asuntos Sociales en el gobierno Cresson...

6. Los diferentes planteamientos de la derecha moderna encuentran su justificación en la teoría racista de

las culturas y de las diferencias. La idea de la fuerza de las culturas puras se opone a la idea de las culturas cosmopolitas, o sea, decadentes. A cada «pueblo» su «cultura» y su «espacio». El antiamericanismo de estas corrientes halla su explicación en el rechazo de la mezcla que presenta esta sociedad, entendida como factor de debilidad y de descomposición. De la misma manera la extrema derecha utiliza a veces un discurso pro-árabe (como sucedió con el apoyo a Saddamm Hussein durante la guerra del Golfo) con la excusa del «respeto a la cultura árabe». Así, ¿no es por el bien de los emigrantes árabes que se les reexpide hacia su espacio cultural de origen? Estas ideas ambiguas encuentran a veces resonancia en los confusos ambientes de la extrema izquierda... Se debe señalar que la extrema derecha no se mete con las inmigraciones europeas, las de «buena cultura». El inmigrante es siempre el Africano, Árabe. Nunca se menciona a los portugueses (la comunidad inmigrada más numerosa con un fuerte porcentaje de claudestinos). Los tradicionalistas católicos (cercanos al FN) encuentran adeptos incluso en esta comunidad...

7. Durante los primeros grandes disturbios de 1991 (Veaux-en-Velin, Lyon,) los jóvenes quemaron el «muro para escalar» que el ayuntamiento y los «animadores» habían colocado con finalidades deportivas... ¡Todo un símbolo!

8. Los líderes de las organizaciones antirracistas no pueden intervenir ya en estos barrios en cólera. Los jóvenes los ven como manipuladores al servicio de los políticos. De esta manera la campaña lanzada por la organización «France Plus», destinada a incitar a los jóvenes a que se inscribieran en las listas electorales, se ha saldado con un fracaso.

9. «Les étrangers en France», revista *Economie et statistique*, junio 1991, París.

10. Ibid.

11. «En Bruselas (Bélgica) el 50% de la juventud proviene de la inmigración, concentrada en nueve de los diecinueve distritos de la ciudad. El 22% de los habitantes de estos barrios (y un niño de cada dos) viven por debajo del límite de la pobreza» *Inprecor*, París, 24 de mayo 1991.

12. Hoy en día los verdaderos problemas de la inmigración son los de la inmigración clandestina, el Derecho de asilo, las dificultades de alquilar vivienda y la reagrupación de las familias. La relación con las condiciones de vida de los barrios periféricos no es sencilla y la dejamos aquí de lado.

ASTURIAS EN LA HORA DEL REQUIEM

La última semana de diciembre de 1991 las cuencas mineras de Asturias irrumpieron en las pantallas de televisión con imágenes de una aparente revitalización. Huelgas generalizadas en las comarcas mineras, enfrentamientos con la policía y cortes de la arteria principal de comunicación con la Meseta, etc., volvían a colocar a Asturias en el centro de la conflictividad social. ¿Por fin despiertan los mineros? ¿Reacciona la minería contra un Plan de Futuro que, como una negra humorada del Gobierno de Madrid, aboca a las cuencas mineras a su extinción? ¿Otra vez los mineros en pie de guerra, como en el 34, el 36 o, más recientemente, en las duras huelgas de los sesenta y setenta contra la Dictadura? En fin, que nadie eche las campanas al vuelo. Contengamos los arrebatos líricos, porque el distanciamiento que propician los medios audiovisuales de propaganda pública (prensa, radio, TV.), por una parte, y el acercamiento emocional con que tendemos a acoger las reacciones airadas de los «nuestros», por otra, nos pueden provocar profundas distorsiones respecto a la significación de este conflicto y a nuestro posicionamiento solidario con los mineros. Ni las circunstancias, ni los términos del enfrentamiento ni, claro está, los sujetos en liza tienen nada que ver con los de

cualquier «glorioso tiempo pasado». Más bien, al contrario, todo parece indicar que nos encontramos en la fase terminal del modelo de intervención social de los trabajadores encuadrados en sindicatos.

El encierro: salvar la imagen y la cuota de poder sindical.

El desencadenante de las movilizaciones de diciembre fue el encierro de los dirigentes sindicales de CCOO y UGT en el pozo Barredo, en la comarca del río Caudal, junto a la ciudad de Mieres. La primera sorpresa la constituía ver a los altos dirigentes sindicales disfrazados de mineros, acompañados de sus adláteres, dispuestos a encerrarse a 300 metros de profundidad para forzar al Gobierno a modificar el Plan de Futuro. Desde luego, la situación debe ser grave cuando los máximos dirigentes sindicales provinciales han creído oportuno volver a ponerse mono y casco, abandonados ya hace bastantes años, y dar un golpe de efecto como este.

Pues sí, la situación es grave, y lo es sobre todo para los sindicatos y sus administradores. Al igual que ocurre en el resto de países europeos, los sindicatos están experimentando una creciente marginación en cuan-

to a su capacidad de gestión de la fuerza de trabajo. Los nuevos criterios de organización del trabajo, las tecnologías de automatización, la precarización, etc., están configurando un universo de las relaciones laborales en el que no hay espacio para la intervención del sindicato.

En el caso de Asturias, el cierre de las minas de la empresa pública Hunosa (previsto para el año 2002), supone para los sindicatos la pérdida de uno de los bastiones sobre los que se asienta el poder de negociación y maniobra política de la burocracia sindical. De hecho, es en la minería donde se da el más elevado índice de afiliación (más del 90%). Y donde la tradición sindical está más arraigada (precisamente, CCOO nació a comienzos de los años sesenta en la mina La Camocha).

En el caso de Fernández Villa, líder del SOMA-UGT (Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias), la extinción de Hunosa representa la pérdida de un instrumento determinante de su poder personal sobre el aparato del PSOE en Asturias. Para este personaje Hunosa representa mucho, ya que gracias a la gestión de las horas sindicales puede repartir prebendas entre sus agentes y controlar a los alcaldes de los ayuntamientos mineros. Además, este sórdido intrigante, es un alto cargo del PSOE en Madrid y mano derecha de Felipe González en la guerra intestina que éste lleva a cabo contra el secretario general de UGT, Nicolás Redondo. De este modo, el PSOE, por medio de su fiel aliado y líder del SOMA-UGT, ha puesto en práctica el doble juego ya tradicional ante las situaciones conflictivas en las que, al tiempo que respalda las acciones del Gobierno, genera una aparente discrepancia desde algunos sectores del partido (la consabida comedia que opone a Guerra y Solchaga).

El Plan de Futuro

Hunosa (Hulleras del Norte S.A.) fue fundada a principios de los años sesenta, tras el abandono por parte del capital privado de la explotación de los yacimientos hulleros en las cuencas asturianas.

El empuje del movimiento obrero en las minas, la obsolescencia de las instalaciones y las crecientes dificultades en la explotación de los yacimientos hizo que el capital privado buscara nuevas oportunidades de negocio lejos de la mina y que el Estado asumiera la nacionalización de la producción hullera deficitaria mediante la constitución de Hunosa (integrada en el Instituto Nacional de Industria). Con ello, además de continuar la explotación de un recurso energético autóctono, se intentaba garantizar la paz social en una región cuya tradición de lucha comenzaba a ser preocupante para la Dictadura.

A lo largo de los años sesenta y setenta, la ofensiva de los mineros por la mejora de sus condiciones la-

borales fue constante. El déficit de Hunosa, también. Pero es con la reestructuración acometida por los gobiernos del PSOE cuando se aprieta el acelerador en la liquidación de la minería, que el PSOE dejará para la última fase de la reconversión; es decir, la que ahora comienza. Las decisiones de la CEE y el carbón adquirido al régimen esclavista surafricano (con un precio por tonelada cuatro veces menor que el asturiano) son argumentos definitivos para legitimar el Plan de Futuro del Gobierno.

Este Plan de Futuro prevé la reducción progresiva de empleo hasta la extinción definitiva de Hunosa en el año 2002. En su primer año de aplicación —o sea durante 1992— el Plan establece la eliminación de unos 6.000 puestos de trabajo, cifra que representa un tercio de la plantilla actual de Hunosa (18.000 mineros), mediante el sistema de jubilaciones anticipadas. Como única contrapartida, Hunosa ofrece 25 millones de metros cuadrados procedentes de sus activos inmobiliarios (con un valor estimado de unos 7.000 millones de pesetas), susceptibles de ser utilizados en la hipotética regeneración industrial de las cuencas mineras.

Los sindicatos, por su parte, aceptan los argumentos de falta de rentabilidad de las explotaciones mineras y asumen la desaparición de Hunosa. La única reivindicación planteada desde los sindicatos es la de incluir en el Plan de Futuro medidas tendentes a generar industrias y puestos de trabajo alternativos: en fin, alguna contrapartida que prestigie la capacidad negociadora y garantice la función mediadora de la casta sindical en las nuevas relaciones laborales que se creen después de la desaparición de Hunosa. Sin embargo, ni el Gobierno, ni el capital privado están dispuestos a ofrecer nada porque las leyes de la economía de mercado que los sindicatos vehiculizaron en el movimiento obrero durante la llamada transición democrática, exigen el abandono de las inversiones en una región como Asturias, que no representa ninguna oportunidad de beneficio.

Asturias obsoleta

La crisis minera, como antes ocurriera con los astilleros (Gijón 1983), es un episodio más en el proceso de hundimiento de la economía regional asturiana. La minería representa la actividad fundamental en torno a la que gira la vida social y económica (pequeño comercio y servicios auxiliares) de nueve municipios (300.000 habitantes), que representan una cuarta parte de la población total de la región.

Asturias está pagando las consecuencias de un modelo de desarrollo industrial subsidiario del Estado; un modelo que la doctrina neoliberal imperante en el Gobierno de Madrid y las directrices de la CEE se han propuesto liquidar. Así, en la otra empresa públi-

ca acumuladora de pérdidas (la siderúrgica de Ensidesa), ya se ha anunciado la próxima eliminación de unos 5.000 puestos de trabajo (sobre un total de 14.500); ello sin contar las repercusiones que tales medidas tendrán sobre otras pequeñas empresas subsidiarias de aquélla.

Si nos fijamos en la agricultura, el otro gran sector de la economía regional, que ocupa al 16,3 % de los trabajadores, las cosas no son mejores. El tipo de producción y las condiciones técnicas de explotación, por ejemplo, alejan a la agricultura asturiana de las tasas de rentabilidad de las explotaciones agropecuarias de la CEE. Además, según las previsiones, este sector deberá perder entre 15.000 y 20.000 empleos en los próximos años.

Por otro lado, Asturias es una región desplazada respecto a las áreas de actividad económica más dinámicas, incluso dentro de la Península; la orografía dificulta las comunicaciones hacia el sur (Castilla) y los problemas de infraestructuras aún son mayores en las comunicaciones con el resto de la cornisa cantábrica (Galicia, Cantabria y País Vasco), etc. Si a ello unimos la existencia de una fuerza de trabajo con una larga tradición de lucha organizada en la defensa de sus intereses, es fácil comprender el escaso interés que muestran los inversores europeos y japoneses por instalarse en Asturias.

A diferencia de lo ocurrido en otras comunidades autónomas, Asturias no cuenta con una burguesía autóctona cuyos intereses se encuentren ligados estrechamente a la evolución de la economía regional. La pequeña y mediana burguesía carece de capacidad y recursos para enfrentarse a una situación que cuestiona su propia estabilidad como grupo social y la que podríamos denominar alta burguesía, que tradicionalmente ha ido a realizar sus inversiones fuera de la región, allí donde las perspectivas de beneficio fueran más halagüeñas.

En el plano político, Asturias, cuyos partidos políticos son meras sucursales de sus homónimos nacionales, tampoco ha generado una casta tecnocrática vinculada a los intereses de la región. La clase política, en todos los órdenes y niveles de la administración autonómica, es de una mediocridad e incompetencia suficientemente demostrada. Con este panorama, los sindicatos exprimen los últimos recursos de su imaginación para solicitar el socorro del gobierno (algo imposible ya) y mendigar planes alternativos para el desarrollo regional que, en el mejor de los casos, no pasarían de ser eso, planes, soluciones de papel.

Las últimas batallas del viejo movimiento obrero

La virulencia de los enfrentamientos entre manifestantes y policía, localizados en una sola de las cuencas

y en torno a la ciudad de Mieres, como ya ocurriera en otros procesos de reestructuración (astilleros, por ejemplo), son exponentes de la impotencia, antes que del potencial ofensivo de la lucha emprendida.

La habilidad de los sucesivos gobiernos del PSOE para acometer la gestión de la reestructuración capitalista en España ha consistido simplemente en focalizar las movilizaciones de respuesta, de acuerdo a un calendario gradual que evitara la movilización generalizada de distintos sectores al mismo tiempo.

Por su parte, los sindicatos colaboraban con el Gobierno correspondiente a través del estricto control de los trabajadores (abortando cualquier expresión autónoma), firmando pactos y acuerdos de pacificación social (AMI, AES, etc.) y haciendo llamamientos para que los trabajadores asumiéramos los «sacrificios necesarios para salvaguardar la economía nacional» y garantizar la paz social durante la transición democrática. Pues bien, la actual situación no es sino la obvia consecuencia del proceso que se iniciara con los Pactos de la Moncloa y que se extendiera a través de los años ochenta con la llamada reconversión industrial (textil, línea blanca, Sagunto, naval, etc.).

Puede que haya quien piense que los sindicatos parecen dispuestos a subsanar sus errores del pasado y a entregarse a una lucha sin cuartel. Pero vistas las cosas desde más cerca, son muchos los interrogantes que se ciernen sobre el papel que están desempeñando los sindicatos, con sus líderes a la cabeza. ¿Cómo se explica la repentina radicalización del SOMA-UGT, cuando ni siquiera llamó a la huelga general del 23 de octubre pasado, y fue el mismo Fernández Villa quien recomendó a los alcaldes socialistas de los municipios mineros su inhibición? ¿Por qué los sindicatos convocan una manifestación unitaria contra la desindustrialización en Bilbao (1 de diciembre) y, sin embargo, se evita la confluencia en un frente común contra la reestructuración (exactamente igual a como hicieron en la pasada década)? ¿Por qué los jefes sindicales esperaron a lanzar una movilización en la minería hasta el momento en que de sobra sabían que su aprobación por el Gobierno era inminente y, dadas las circunstancias, ya no hay nada que hacer?

¿O será, simplemente, que lo que hay realmente en juego es el futuro de la institución sindical ante la previsible desaparición progresiva de su base social? (en este caso la minería). Desde luego haría falta una dosis de ingenuidad, impensable en los viejos sindicalistas encerrados en Barredo, para creer que el Gobierno se ablandaría en las entrañables fechas navideñas y retiraría el Plan de Hunosa. ¿Por qué, entonces, montar el espectáculo de un encierro y arrastrar a los trabajadores a unas acciones absolutamente inútiles, tardías y desesperadas? ¿O, más bien se trataba de eso, de intentar salvar la cara y la clientela haciendo creer a los mineros que se estaban batiendo como en los viejos tiempos?

La interiorización de la lógica del mercado

La propia naturaleza del conflicto ha hecho que las reivindicaciones alegadas por los sindicatos adquieran un carácter, cuanto menos, ambiguo. Porque en realidad, los sindicatos no se oponen al Plan de Futuro que prevé la liquidación de Hunosa, sino a la falta de otras alternativas que mantengan el nivel de empleo –y cabe suponer, de afiliación sindical– de las cuencas. Son muchos años ya de acción ideológica de los sindicatos entre los trabajadores, como para que ahora se ponga en cuestión la lógica de la economía de mercado o haya alguna voz discrepante acerca de la necesidad de eliminar el déficit de las empresas públicas mediante su liquidación o venta de saldo a las corporaciones transnacionales.

En este sentido, la demagogia del Gobierno juega fuerte: los contribuyentes no tienen por qué mantener a los mineros asturianos, que además son absentistas, indisciplinados y muchas cosas más. ¿Qué trabajador razonable pone en tela de juicio este argumento? Poco importa, por otra parte, lo que costó y cuesta la «venta» de Enasa a Fiat, el Tren de Alta Velocidad a Sevilla (sólo justificable por los compromisos del aparato del PSOE con Siemens y Alstom), la Expo, etc., o la compra de votos para el PSOE a través del Plan de Empleo Rural de Andalucía.

Sin embargo, durante el conflicto minero la única opción enunciada desde los sindicatos ha sido la de mendigar inversiones. Por si cabía alguna duda acerca de la alianza objetiva del sindicalismo con el capital, ahí tenemos una prueba. Pero resulta que ahora, en las presentes condiciones de explotación de la fuerza de trabajo crecientemente precarizada, el Capital está en condiciones de prescindir de la mediación y de la capacidad de control tradicionalmente ejercida en el seno de la clase obrera por los sindicatos.

Y eso lo saben los tecnócratas que gobiernan desde la Moncloa y los burócratas sindicales que intentan salvar los restos del naufragio. Por eso, cada cual ha intentado jugar sus bazas en este conflicto con la única particularidad de que todos los triunfos están en las mismas manos. Por eso, también, el Gobierno se permitió aprobar el Plan de Futuro durante el encierro. No se trataba de una prueba de fuerza de La Moncloa, sino de la total indiferencia ante un problema que, al menos por el momento, no presenta ningún signo preocupante para la buena marcha de la gestión socialista de la reestructuración.

El Gobierno puede prescindir de los sindicatos –exactamente igual a lo que ocurre en los demás países: recordemos la huelga de los mineros británicos– porque las nuevas formas de organización del trabajo y de las relaciones laborales, introducidas a través de los sindicatos durante la transición democrática, han desestructurado el movimiento obrero y, en conse-

cuencia, han debilitado su capacidad de respuesta a las agresiones del capital.

La facilidad con que el gobierno socialista lleva a cabo su política de liquidación industrial y erosión de las conquistas proletarias de los años finales del franquismo no encuentra más que una explicación en la descomposición del movimiento obrero y en la pérdida de su vitalidad a manos de la acción sindical y la política de pacificación y claudicación en aras de los intereses nacionales y la estabilización democrática. Es ahora, precisamente, cuando los sindicatos ya han realizado su labor de zapa en el seno de la clase obrera, cuando el gobierno socialista encuentra la vía libre para aplicar sus draconianas recetas económicas sobre un movimiento obrero desarticulado, desvitalizado y desmoralizado.

La ritualización de los conflictos

Después de doce días en el pozo Barredo, el 4 de enero de 1992, los sindicalistas dieron por finalizado su encierro ante la más absoluta indiferencia del Gobierno, que en la última semana de diciembre había dado su aprobación al Plan de Futuro. Como era previsible, no se consiguió ni siquiera lo que se obtenía en otras ocasiones: unas vagas promesas del Gobierno y el inicio de negociaciones a alto nivel (gobierno-sindicatos).

Pero independientemente de cuál haya sido la intención de los dirigentes sindicales para llevar a cabo una acción que, vistos los resultados, habría que calificar de inoperancia calculada, hay un hecho sobre el que vale la pena reflexionar. Desde hace años, las acciones emprendidas en oposición a la política gubernamental (OTAN, Jornada de huelga del 14 de diciembre, guerra del Golfo o, más recientemente, huelga general del 23 de octubre 1991 en Asturias) adquieren un carácter cada vez más testimonial y marginal, a pesar de la magnitud que muchas de estas movilizaciones puedan alcanzar.

Centenares de miles de personas manifestando pacíficamente en las soleadas mañanas de los domingos su sincera oposición a la OTAN o a la intervención española en la Guerra del Golfo, por ejemplo, no consiguieron sino una mirada despectiva por parte de los gobernantes democráticamente elegidos. Tampoco la huelga general de diciembre de 1987 obtuvo resultado alguno, ni siquiera el de lograr que los sindicatos fueran invitados a los despachos gubernamentales donde se deciden los planes de intervención sobre la población asalariada.

Con la convocatoria de huelgas generales, ritualizadas como mero ejercicio de expresión controlada, los sindicatos han tocado fondo. Un fondo que no es sino el de las limitaciones históricas de la

táctica sindical, totalmente sobrepasada por la reciente evolución del sistema de explotación de la fuerza de trabajo surgida de la reestructuración durante las dos décadas pasadas.

La huelga, la movilización y el sabotaje continúan siendo las armas de autodefensa de los asalariados; sin embargo, su utilización de acuerdo a los principios del sindicalismo los ha ido vaciando de contenido hasta convertirlos en actos rituales y legitimadores de la negociación que llevan a cabo los burócratas sindicales con los representantes del capital. La eficiencia de una huelga hay que medirla por su carácter ofensivo; es decir, por su capacidad para paralizar el proceso de reproducción del capital o, si se prefiere, por su capacidad para interrumpir el ciclo que describe la mercancía desde la fase de producción hasta el mercado.

La nueva organización del proceso productivo (fordismo disperso) no es sólo una formalización teórica, sino una realidad práctica que, al tiempo que abre nuevas vías de intervención contra los puntos vulnerables del proceso capitalista, cierra otras y condena a sectores tradicionales a la marginación y la ruina. Tal es el caso de los mineros como antes lo han sido los astilleros o el metal. La acción sindical durante la reestructuración ha contribuido a aislar la conflictividad en los focos de mayor virulencia, pero también en los más marginales. De hecho, la huelga en un sector en vías de liquidación, como en las minas, representa «menores costes» para la empresa que la continuidad productiva (y así lo ha manifestado el ministro de Industria a los alcaldes de los municipios mineros).

Fue esta táctica sindical la que condenó al fracaso las movilizaciones de la reestructuración (y la de los mineros, actualmente), porque se habían quedado marginadas, periféricas, respecto al orden productivo naciente. Los sindicatos fueron los encargados precisamente de evitar la confluencia de las acciones y la extensión de las mismas hacia los nuevos centros neurálgicos por donde discurre la producción de beneficios. Al mantener las luchas circunscritas a los sectores en crisis, cada vez más marginales, propiciaban su fracaso, como ahora ocurre con los mineros, mediante su conversión en un problema de orden público focalizado en torno a los centros de trabajo en extinción.

Pero la inoperancia de las huelgas sindicales tiene que ver con la creciente institucionalización de las formas de contestación en el marco definido por el respeto al orden democrático. Y es precisamente a medida que la nueva organización del trabajo y el totalitarismo democrático liquidan las formas de intervención tradicionales del movimiento obrero, que la impotencia de los asalariados se traduce en la adopción de formas de expresión marginales, simbólicas, testimoniales —aunque, a veces, adquieran un carácter espectacular y violento (Reinosa, Euskalduna, Gijón,

Cádiz)— en las que se ritualiza la acción de masas como un ejercicio de frustración colectiva, sin ningún resultado práctico en cuanto a la capacidad de presión sobre el poder constituido, tal como lo hemos experimentado en las movilizaciones de estos últimos años.

El consuelo de una victoria moral

Por supuesto, sería una simplificación decir que todo obedece a una maniobra de los burócratas sindicales, como también lo sería pensar que la acción autónoma de los mineros, desoyendo la recomendación de los sindicatos para una vuelta a la normalidad «hasta que los alcaldes de los municipios mineros celebren su entrevista con el ministro de Industria» podría suponer un revés para los planes del gobierno. En este caso, la desobediencia a la llamada de los sindicatos no significa una ruptura sino un acto más de indisciplina habitual, similar a la que tiene lugar, por ejemplo, en el absentismo de los lunes en el turno de mañana.

Al fin y al cabo, los mineros son conscientes de que ya no hay nada que hacer. Tal sentimiento está implícito en la aceptación de la lógica económica que exige poner fin a la producción deficitaria de carbón y en la actitud sumisa y claudicante que solicita «inversiones para Asturias». La total impotencia del movimiento se hace evidente de la forma más dramática y descarada: cuando los trabajadores pierden la confianza en sí mismos, ya no queda más que confiarse al capital.

Además, los mineros saben que no serán abandonados del todo; al menos mientras el PSOE necesite sus votos. Como hacen en Andalucía por medio del PER, los socialistas se inventarán alguna triquiñuela con los recursos del Fondo Social Europeo para amortiguar el descontento y recabar los votos de los mineros parados y jubilados. Pero ese no es el problema, como tampoco lo es la condena a la emigración de los jóvenes de las cuencas (los que no han sucumbido a los estragos de la droga), porque eso es algo a lo que ya nos hemos ido acostumbrando desde varias generaciones. Nada de eso es problema, porque la frustración y la derrota ya nos ha calado hasta las tuétnas.

El único problema es el de salvar el expediente (o sea, liquidar Hunosa) por parte de los tecnócratas del Gobierno de Madrid y de los sindicalistas de provincias sin que la humillación solivianta excesivamente a sus fieles clientes de las cuencas mineras. Con la experiencia de una década de reestructuración industrial gestionada por el partido socialista no es difícil suponer que de lo que se trata es que los trabajadores asuman su derrota dignamente; es decir, después de haber librado una batalla. El espíritu de la reestructuración se inspira en un principio de compensación entre las partes que concede la victoria práctica al Gobierno (ejecución del Plan) y la victoria moral a los trabajadores (que son derrotados luchando).

Para eso están los sindicatos, para administrar una lucha en la que se desfogue la energía de los trabajadores contra los cuerpos represivos y digieran la derrota con el consuelo de «caer luchando». ¿Qué hacían si no, aquellos viejos mineros saludando la salida de los encerrados con el puño levantado y gritando consignas (revolucionarias) de otro tiempo? ¿Por qué, más allá de todas nuestras incondicionales simpatías, la presencia de aquella gente al pie del pozo acababa por componer un cuadro patético? ¿Por qué los gestos del viejo movimiento obrero ya sólo nos sugieren una imagen conmovedora?

Hablar contra los «nuestros» siempre es tarea ingrata, aunque sólo sea porque, en realidad, también es una manera de hablar contra «nosotros mismos». Pero la autocomplacencia que en tantas ocasiones nos ha llevado a no pronunciarnos contra nosotros mismos es lo que nos hace aparecer patéticos, anacrónicos e impotentes. Por eso hemos de exigirnos un esfuerzo para desprendernos de los prejuicios y los miedos ante la desaparición acelerada de los referentes de la lucha de clases del pasado. Aunque nos lleve a hablar contra nosotros mismos y contra los nuestros, aún empecinados en repetir gestos y mantener actitudes (sindicales, electorales, ideológicas) que ya no son más que una lamentable caricatura.

Podríamos callarnos las dudas y los recelos, podríamos hacer como si nada, y entusiasrnos con los petardos y la sana beligerancia de los mineros, y sumar nuestras voces para denostar la mala voluntad y la traición a los intereses de los trabajadores del Gobierno de Madrid (¿acaso esperábamos que no fuera así?). Podríamos, en fin, ocultar la verdad a este enfermo terminal que es la minería, como antes lo fueron los astilleros. Pero nos engañaríamos una vez más, porque volveríamos a experimentar la euforia un día y la befa ideológica que nos predicen los administradores del mejor de los mundos posibles, siempre.

Con toda su complejidad, la movilización de los mineros asturianos, al igual que el resto de conflictos terminales de los sectores en reestructuración, arroja una serie de profundos significados respecto a las limitaciones de la práctica de la lucha de clases actual.

Los cambios en las condiciones técnico-organizativas de explotación de la fuerza de trabajo comportan igualmente el cambio en las formas de resistencia de la nueva condición proletaria.

Al fin y al cabo, con la liquidación de los sectores tradicionales de agregación de la clase obrera también se liquidan sus formas de encuadramiento y de intervención en el marco de la economía capitalista (sindicalismo). Pero si no somos capaces de reconocer los elementos clarificadores para la nueva fase de la lucha de clases que puede haber en conflictos como el de los mineros asturianos y lo único que se nos ocurre es echar mano de clichés tradicionales (replegándonos, por ejemplo, en la invocación de los valores democráticos y el sindicalismo) y entonar la lírica de la derrota junto a la liturgia de la solidaridad simbólica, no concluiremos sino en el atolladero ya conocido: la enésima repetición de los lugares comunes acerca de la crisis del pensamiento de izquierda.

Etcétera, 5 de enero de 1992

Una vez que se ha ido desgastando el conflicto, a mediados del mes de enero, los sindicatos, la dirección de Hunosa y los alcaldes se avienen a reemprender las negociaciones. El gobierno autonómico y el de Madrid presentan dos planes similares para la reindustrialización de Asturias que los líderes sindicales saludan como un triunfo de su acción y se apresuran a acudir a las negociaciones. En realidad, se trata de un reacomodo de las partidas presupuestarias de la CEE (Feder) para la mejora de las infraestructuras y una previsión de inversiones de varios cientos de miles de millones de pesetas cuya realidad comienza y acaba sobre el papel. Retornada la normalidad, las únicas que no se dejan engañar son las integrantes del colectivo de mujeres de las cuencas mineras que rechazaron las promesas de los «negociantes» y arremetieron contra los burócratas sindicales a la salida de la primera sesión de las negociaciones.

24 de enero de 1992



Mensaje dirigido a todos aquellos que no quieren administrar la nocividad sino suprimirla

Nuestra época puede tener la certeza, al menos de una cosa: no se pudrirá en paz. Los resultados de su inconsciencia han ido acumulándose hasta llegar a poner en peligro la seguridad material, la conquista de la cual constituía su única justificación. Y en lo que concierne a la vida propiamente dicha (costumbres, comunicación, sensibilidad, creación) la época no ha traído consigo más que descomposición y regresión.

Toda sociedad es, en principio, en tanto que organización de la supervivencia colectiva, una forma de apropiación de la naturaleza. A través de la crisis actual del uso de la naturaleza, de nuevo se plantea y esta vez universalmente, la cuestión social. Por no haber sido resuelta antes de que los medios materiales, científicos y técnicos permitieran alterar fundamentalmente las condiciones de la vida, la cuestión social reaparece junto con la necesidad vital de cuestionar a las jerarquías irresponsables que monopolizan dichos medios.

Para remediar todo esto, los dueños de la sociedad han decidido por sí mismos decretar el estado de urgencia ecológico. ¿Qué es lo que busca su catastrofismo interesado al ensombrecer la descripción de un desastre hipotético y al pronunciar discursos tanto más alarmistas cuanto que se refieren a problemas sobre los cuales la población atomizada no posee ningún medio de acción directa, si no es la ocultación del desastre real, para lo cual no hace falta ser físico, climatólogo o demógrafo para pronunciarse al respecto? Porque cada uno puede constatar el constante empobrecimiento de este mundo causado por la economía moderna, que se desarrolla en todos los dominios a expensas de la vida: con sus devastaciones, destruye las bases biológicas, somete todo el espacio-tiempo social a las necesidades policiales de su funcionamiento y reemplaza toda realidad, antaño normalmente accesible, por un sucedáneo cuyo contenido de autenticidad residual es proporcional al precio (ya no es necesario crear almacenes reservados a la nomenklatura, el mercado se encargará de ello).

Cuando los administradores de la producción se percatan de la fragilidad de su mundo al contemplar la nocividad de los resultados de aquélla, sacan de ello argumentos para presentarse, avalados por sus expertos, como salvadores. El estado de urgencia ecológico es a la vez una economía de guerra, que moviliza la

producción al servicio de intereses comunes definidos por el Estado, y una guerra de la economía dirigida contra la amenaza de los movimientos de protesta que lleguen a criticarla sin rodeos.

La propaganda de los dirigentes del Estado y de la industria presenta como única perspectiva de salvación la continuación del desarrollo económico, corregido con las medidas que la defensa de la supervivencia impone: gestión regulada de los «recursos», inversiones para economizar la naturaleza, o sea, para transformarla integralmente en materia de gestión económica, desde el agua del subsuelo hasta el ozono de la atmósfera.

La dominación no cesa de perfeccionar, a todos los efectos, sus medios represivos: en «Cigaville», decorado urbano construido en Dordogne después de mayo del 68, para el entrenamiento de los gendarmes móviles, se simula en las calles colindantes «falsos ataques de comandos antinucleares». En Belleville, los responsables aprenden técnicas de manipulación de la información con la simulación de un accidente grave. Pero el personal destinado al control social se dedica, sobretodo a prevenir cualquier desarrollo de la crítica de los fenómenos nocivos en conexión con la crítica de la economía que los engendra. Se predica la disciplina a los ejércitos, del consumo como si nuestras fastuosas extravagancias fueran las que hubieran roto el equilibrio ecológico y no, en cambio, lo absurdo de la producción impuesta; se pregona «un nuevo civismo», según el cual, todo el mundo es corresponsable de la gestión de los fenómenos nocivos, en perfecta igualdad democrática: desde el contaminador de base, que libera clorofluocarbonados cada mañana cuando se afeita, al industrial químico... Y la ideología de la supervivencia: «Todos unidos para salvar la Tierra, o el Loira, o las crías de foca», sirve para inculcar esa clase de «realismo» y de «sentido de la responsabilidad» que hace que la gente llegue a asumir los efectos de la inconsciencia de los expertos, y por tanto, a dar un relevo a la dominación, puesto que le proporciona sobre la marcha, por un lado, una oposición de la llamada constructiva, y por otro, arreglos, de detalle.

El ecologismo es el principal agente de la censura de la crítica social latente en la lucha contra los fenómenos nocivos;¹ es decir, esa ilusión según la cual se, podrían rechazar los resultados del trabajo alienado sin atacar al propio trabajo y a la sociedad fundada en

la explotación del trabajo. Ahora que todos los hombres de Estado se vuelven ecologistas, los ecologistas no dudan en declararse partidarios del Estado. A decir verdad, no han cambiado un ápice desde sus veleidades alternativas de los años setenta. Pero hoy ocurre que por doquier les ofrecen cargos, funciones, créditos; y los ecologistas lo aceptan todo sin la menor objeción. Tan verdad es, que nunca rompieron en realidad con la sinrazón dominante.

Los ecologistas son, en el terreno de la lucha contra la contaminación, lo que eran en el terreno de las luchas obreras los sindicalistas: unos intermediarios interesados en la conservación de las contradicciones, cuya regulación ellos mismos aseguran; unos negociadores abocados al regateo (en este caso, la revisión de las normas y tasas de nocividad reemplazan a los porcentajes de subida de los salarios); unos defensores de lo cuantitativo en el momento en que el cálculo económico se extiende a nuevos dominios (el aire, el agua, los embriones humanos o la socialidad de síntesis); en definitiva, son los nuevos comisionistas de un sometimiento a la economía, el precio de la cual tiene que integrar, ahora, el costo de un «entorno de calidad». Ya se puede vislumbrar una redistribución del territorio en zonas sacrificadas y zonas protegidas, coadministrada por expertos «verdes», una división espacial que regulará el acceso jerarquizado a la mercancía-naturaleza. En cuanto a la radioactividad, habrá para todos.

Decir que la práctica de los ecologistas es reformista sería honrarles demasiado, puesto que dicha práctica se inscribe, directa y deliberadamente en la lógica de la dominación capitalista que extiende sin parar, mediante sus propias destrucciones, el terreno donde se ejercita. En tal producción cíclica de males y de remedios agravantes, el egoísmo no habrá sido sino el ejército de guerra de una época de burocratización, en donde cada vez más la «racionalidad» se define lejos de los individuos concernidos y de cualquier conocimiento realista, con las catástrofes renovadas que ello implica.

No faltan ejemplos recientes que muestran a qué velocidad se instala la administración de los fenómenos nocivos que integra al ecologismo. Por no hablar ya de las multinacionales de la «protección de la naturaleza» como el World Wild Found y Greenpeace, «Amigos de la Tierra» ampliamente financiados por el secretario de Estado para el medio ambiente, o Verdes estilo Waetcher,² compinchados con la Lyonnese des Eaux³ en la explotación del mercado de saneamiento; podemos ver a toda clase de semioponentes de la nocividad, que siempre se han limitado a los procedimientos jurídicos y de las medidas administrativas a las protestas locales para que se pierdan en él, hay que denunciar también la ilusión de una victoria sancionada por abogados y expertos: a

tal fin basta recordar que un conflicto de tal clase no se zanja nunca en función del derecho, sino en función de una correlación de fuerzas extrajurídica, tal como lo demuestran, por ejemplo, la construcción del puente de la isla de Re, a pesar de varios juicios ganados en su contra, y el abandono de la central nuclear de Plogoff, que en absoluto fue el resultado de un procedimiento legal.

Los medios han de variar junto con las ocasiones, y ha de quedar claro que todos los medios son buenos si combaten la apatía ante la fatalidad económica y si promueven deseos de intervención contra la suerte que nos es destinada. Si los movimientos contra la nocividad en Francia, son todavía débiles, hoy por hoy constituyen el único terreno práctico en que la existencia social vuelve a discutirse. Los dirigentes estatales son muy conscientes del peligro que esto representa para una sociedad cuyas razones oficiales no soportan que se les examine. Paralelamente a la neutralización mediante la confusión mediática y a la integración de los líderes ecologistas, los dirigentes procuran no dejar que ningún conflicto particular se transforme en abceso de fijación, cosa que daría a la contestación un polo de unificación, al tiempo que lugar material de reunión y de comunicación crítica. Por eso, el «aparcamiento» de cualquier decisión que se refiera a los lugares de emplazamiento de los depósitos de residuos radiactivos o a la ordenación de la cuenca del Loira, se decidió con la finalidad de fatigar a la base de las diversas oposiciones, para permitir la instalación de una red de representantes responsables, dispuestos a servir de «indicadores sociales» (para medir la temperatura local), a escenificar la «concertación» y a hacer pasar por buenas las victorias amañadas.

Se nos objetará —se nos objeta ya— que, de todos modos, es imposible la supresión completa de los fenómenos nocivos y que, por ejemplo, ahí tenemos los residuos nucleares, que van a quedarse con nosotros mas o menos una eternidad. El argumento evoca de cerca el de un torturador que, después de haber cortado la mano de su víctima va y le dice que, puestos a la obra, haga el favor de dejarse cortar la otra de buen grado puesto que, si sólo necesita sus manos para aplaudir, para eso hay máquinas, ¿Qué pensaríamos de alguien que aceptara discutir tal cosa «científicamente»?

Es un hecho más que cierto que las ilusiones del progreso económico han llevado, durante mucho tiempo, a la historia humana por mal camino y que las consecuencias de tal extravío, incluso en el caso de que se pudieran remediar, serán legadas a la sociedad liberada como una herencia envenenada; no solamente bajo la forma de desperdicios, sino también y sobretudo, bajo la forma de una organización material de la producción a la que se tendrá que transformar de arriba

a abajo para que pueda prestar servicio a una sociedad libre. Hubiera valido más no tener esos problemas, pero puesto que están ahí, consideramos que el asumir colectivamente el proceso de su paulatina desaparición, constituye la única perspectiva posible de la reanudación de la verdadera aventura humana, de la historia como emancipación.

La aventura comienza de nuevo cuando los individuos hallan en la lucha las formas de una comunidad práctica que sirva para llevar más lejos las consecuencias de su oposición inicial y para desarrollar la crítica de las condiciones que les son impuestas. La verdad de una comunidad semejante reside en el hecho de que constituye por sí misma una unidad «más inteligente que todos sus miembros». El signo de su fracaso será la regresión hacia una especie de neofamilia, es decir, hacia una unidad menos inteligente que cada uno de sus miembros. Un largo período de reacción social trae como consecuencia, junto con el aislamiento y el desconcierto, la caída de la gente y el temor a las divisiones ya los conflictos a la hora de intentar construir un terreno práctico común. Sin embargo, justamente cuando se es muy minoritario y se necesitan aliados, conviene formular una base de acuerdo muy precisa y, a partir de ella, hacer alianzas y boicotear todo lo que haya que boicotear.

Ante todo, a fin de delimitar el terreno de la colaboración y de las alianzas, hacen falta criterios que no sean morales (basados en la proclamación de buenas intenciones o en una supuesta buena voluntad, etc.) sino prácticos e históricos. (Una regla de oro: no juzgar a la gente según su opinión sino según lo que su opinión hace de ella). Creemos que en este texto hemos dado unos cuantos elementos útiles para la definición de tales criterios. Para precisarlos mejor y trazar una línea de demarcación más acá para organizar eficazmente la solidaridad, harán falta discusiones fundadas en el análisis de las condiciones concretas donde cada cual se halle inmerso, y en la crítica de las tentativas de intervención que se den, comenzando por la presente contribución.

La crítica social, junto con la actividad que la desarrolla y la comunica, no ha sido nunca la sede de la tranquilidad. Pero como una crítica técnica de los fenómenos nocivos rechazando la crítica social, cooptados por las instancias estatales de control y de regulación, cuando no por la misma industria de la descontaminación. Por ejemplo, un laboratorio independiente como la CRII-RAD,⁴ fundado tras lo de Chernobil, independiente del Estado pero no de las instituciones locales y regionales, tomó como único objetivo «la defensa de los consumidores» mediante el recuento de sus becquerelios. Tal clase de «defensa» neo-sindical del oficio de consumidor (el último de los oficios) lleva a no atacar la desposesión que, al privar a los individuos de todo poder de decisión en

la producción de las condiciones de existencia, garantiza que deberán de continuar soportando lo que fue escogido por otros, y continuar dependiendo de los especialistas incontrolables para enterarse, o no, de la nocividad. No nos puede sorprender que ahora nos digan que la presidenta de la CRII-RAD, Michele Rivasì, ha sido nombrada para un puesto en la Agencia Nacional de la calidad del aire; en ese lugar su independencia podrá realizarse al servicio de la del Estado. Tampoco nos extrañará que los expertos tímidamente antinucleares del GSIE⁵, a fuerza de considerar científico el no pronunciarse radicalmente contra el delirio nuclear, salgan fiadores de la nueva puesta en marcha de la central de Fessenheim, antes de que un nuevo escape «accidental» de radioactividad no viniera poco después, a aportar el contra-dictamen pericial de su realismo; ni tampoco que los boy-scouts de «Robin de los bosques», tan decididos a preparar por el «partenariado», se asocien a un industrial para la producción de «residuos limpios»⁶ y defiendan el proyecto «Geofix» de basura química en los Alpes de la Alta Provenza.

El objetivo de esta intensa actividad de lavado es previsible en su totalidad: una «descontaminación» basada en el modelo de lo que fue «la extinción del pauperismo» por medio de la abundancia del mercado (camuflaje de la miseria visible y empobrecimiento real de la vida); los costosos y por lo tanto provechosos paliativos sucesivamente aplicados a estragos anteriores, entremezclando las destrucciones, que desde luego continúan y continuarán, con reconstrucciones fragmentarias y saneamientos parciales. Ciertos fenómenos nocivos, homologados como tales por los expertos, serán tomados en consideración, en la medida exacta en que su tratamiento se constituya en una actividad económica rentable. Otros, en general los más graves, continuarán existiendo clandestinamente, al margen de la norma, como por ejemplo las dosis débiles de radiación o las manipulaciones genéticas que nos preparan los Sidas del mañana. Finalmente, y por encima de todo, el desarrollo de una nueva burocracia encargada del control con el pretexto de la racionalización, no conseguirá más que profundizar la irracionalidad específica que explica a todas las demás, desde la corrupción ordinaria hasta las catástrofes extraordinarias: la división de la sociedad entre dirigentes especialistas de la supervivencia y «consumidores» ignorantes e impotentes de dicha supervivencia, último rostro de la sociedad de clases. ¡Desgraciados aquéllos que necesiten a especialistas honestos y a dirigentes ilustrados!

No es una especie de purismo extremista, ni menos aún una política del estilo «cuanto peor, mejor» lo que invita a desmarcarse violentamente de todos los ordenadores ecologistas de la economía: es simplemente el realismo sobre el devenir necesario de todo

esto. El desarrollo consecuente de la lucha contra la nocividad exige la clarificación, mediante tantas denuncias ejemplares como hagan falta, de la oposición entre los ecolócratas (aquellos que sacan poder de la crisis ideológica) y aquellos que no tienen intereses distintos del conjunto de los individuos desposeídos y del movimiento que puede situarles en condiciones de suprimir la nocividad por medio del «desmantelamiento razonado de la producción entera de mercancías». Si los que quieren suprimir la nocividad se hallan por fuerza en el mismo terreno que los que quieren administrarla, deben en cambio estar presentes como enemigos, bajo pena de verse reducidos al papel de figurantes ante los proyectores de los escenógrafos de la ordenación del territorio. Sólo pueden realmente ocupar el terreno, es decir, encontrar los medios de transformarlo, afirmando sin concesiones la crítica social de la nocividad y de sus gestores, tanto los instalados como los postulantes.

El camino que lleva desde la contestación de las jerarquías irresponsables a la instalación de un control social que domine conscientemente los medios materiales y técnicos, pasa por una crítica unitaria de la nocividad y, por consiguiente, por el redescubrimiento de todos los antiguos puntos de aplicación de la insumisión: el trabajo asalariado, a cuyos productos socialmente les corresponde el efecto destructor sobre los propios asalariados, hasta el punto que no lo pueden soportar sino con grandes provisiones de tranquilizantes y drogas de todas clases; la colonización total de la comunicación por el espectáculo, puesto que a la falsificación de las realidades le ha de corresponder la falsificación de la expresión social de las mismas; el desarrollo tecnológico, el cual acrecienta exclusivamente a expensas de toda autonomía individual o colectiva, la sumisión a un poseer cada vez más concentrado; la producción de mercancías como producción de fenómenos nocivos; y finalmente, «el Estado como fenómeno nocivo absoluto, que controla a esta producción y organiza su percepción, programando sus umbrales de tolerancia».

El destino final del ecologismo tendría que haberse mostrado incluso a los más ingenuos: no se puede luchar realmente contra algo si por otro lado se aceptan las separaciones de la sociedad dominante. La agravación de la crisis de la supervivencia y los movimientos de rechazo que suscita, empujan a una fracción del personal tecnocientífico a dejar de identificarse con la insensata huida hacia adelante de la renovación tecnológica. Entre aquellos que de esta forma, se aproximan a un punto de vista crítico, todavía muchos, dejándose llevar por su inclinación socio-profesional, tratarán de reciclar su estatuto de expertos dentro de una contestación «razonable» y por tanto, tratarán de hacer prevalecer su renuncia parcelar de la sinrazón en el poder, ateniéndose sólo a los aspectos

puramente técnicos, es decir, a los que parezcan técnicos. En contra de una crítica todavía separada y especializada de los fenómenos nocivos, la defensa de las simples exigencias unitarias de la crítica social no significa solamente la reafirmación, en tanto que objetivo total, de que no se trata de hacer cambiar a los expertos en el poder, sino de abolir las condiciones que hacen necesarios a los expertos y a la especialización del poder; igualmente, se trata de un imperativo táctico para una lucha que no puede hablar el lenguaje de los especialistas si de verdad quiere hallar aliados cuando se dirija a todos aquellos que no tienen ningún poder en tanto que especialistas de lo que fuere.

Del mismo modo que antes se oponía, y se continúa oponiendo, el interés general de la economía a las reivindicaciones de los asalariados, hoy en día los planificadores de la basura y demás doctorados en desperdicios no se privan en denunciar el egoísmo ciego e irresponsable de todos los que se yerguen en contra de un fenómeno nocivo local (residuos, autopista, TGC, etc.) sin pararse a considerar que en algún sitio hay que ponerlo. La única respuesta digna de tal chantaje al interés general consiste evidentemente en afirmar que, cuando no se desean fenómenos nocivos en parte alguna, hay que comenzar a rechazarlos ejemplarmente dondequiera que se hallen. Y en consecuencia, hay que preparar las luchas contra los fenómenos nocivos mediante la expresión de las razones universales de cualquier protesta particular. El hecho de que individuos que sólo se representan a sí mismos, sin invocar ninguna calificación ni especialidad, tomen la libertad de asociarse para proclamar y poner en práctica el juicio que les merece este mundo, parecerá poco realista a la gente de una época paralizada por el aislamiento y el sentimiento de fatalidad que ella suscita. Sin embargo, frente a tanto pseudo-suceso fabricado en cadena, existe un hecho que se empeña en ridiculizar, tanto los cálculos de por arriba como el cinismo de por abajo: todas las aspiraciones a una vida libre y todas las necesidades humanas, empezando por las más elementales, convergen en la urgencia histórica de poner punto final a los estragos de la demencia económica. En tan inmensa reserva de rebeldía, únicamente puede brotar la total falta de respeto para con las irrisorias e innobles necesidades, en las cuales la sociedad presente se reconoce.

Aquellos que en un conflicto particular, entienden que no hay que dejar las cosas, cuando su protesta ha dado resultados parciales, han de considerar a ésta como un momento de la autoorganización de los individuos desposeídos en pos de un movimiento antiestatista y antieconómico general; esta ambición les servirá de criterio y de eje de referencia para juzgar y condenar, adoptar o rechazar tal o cual medio de lucha contra los fenómenos nocivos. Debe de ser apoyado todo aquello que favorezca la apropiación

directa de su actividad, por los individuos asociados, comenzando por su actividad crítica contra tal o cual aspecto de la producción de fenómenos nocivos; debe de ser combatido todo aquello que contribuya a desposeerlos de los primeros momentos de su lucha, y por tanto, a reforzar su pasividad y su aislamiento. ¿Cómo podría servir para la lucha de los individuos por el control de sus condiciones de existencia (en una palabra, la lucha por la realización de la democracia) todo lo que perpetúa la vieja mentira de la representación separada, representantes incontrolados o portavoces abusivos? La desposesión se ve reconducida y ratificada, claro está, no sólo por el electoralismo, sino también por la ilusoria búsqueda de la «eficacia mediática» que, transformando a los individuos en espectadores de una causa de la que ya no controlan ni la formulación ni la extensión, les convierte en masa de maniobra de diversos lobbies más o menos competidores entre sí, en la manipulación de la imagen de la protesta.

En consecuencia, hay que tratar como recuperadores a todos aquellos cuyo pretendido realismo sirve para que aborte (mediante la organización del alboroto

mediático) las tentativas de expresión directa, sin intermediarios ni avales de especialistas. Del disgusto y de la ira que suscitan las calamidades de un modo de producción, véase el intento de Vergés,⁷ que mediante su simple presencia como abogado de todas las causas dudosas provoca el descrédito de la protesta de los habitantes de Montchanin⁸ y véase también la ignominia de la moderna «mafia de la emoción» que se apodera de los «niños de Chernobil» para convertirlos en tema de Téléthon⁹. Mientras que el Estado abre el terreno de hoy en día, ese lugar no existe (la basura universal ha llegado hasta la cumbre del Himalaya) entonces, los individuos desposeídos no tienen que elegir entre la tranquilidad y los disturbios de un duro combate, sino entre unos disturbios y combates, tanto más terribles cuanto que son otros quienes los dirigen, en provecho suyo además; y los disturbios y combates que ellos mismos puedan extender y organizar por su cuenta. El movimiento contra los fenómenos nocivos triunfará como movimiento de emancipación antieconómico y antiestatista, o no triunfará.

Encyclopédie des Nuisances

Notas

1. La palabra NUISANCE, que aquí hemos traducido por los términos aproximados de 'nocividad' o de 'fenómeno nocivo', en los diccionarios franceses e ingleses consultados, viene explicado sintéticamente como «cosa, persona, acción, etc. que causa molestia o perjuicio». Se dan como ejemplos ilustrativos los mosquitos, los niños impertinentes, el orinar en las paredes, el ruido ambiental y el tirar basuras en lugares inapropiados. Los diccionarios, que, en tanto que herramientas de la falsa conciencia de la época, contribuyen a la parálisis conceptual mediante la cual, dicha época presenta una imagen de sí misma inmutable y sin contradicciones, donde las 'nuisances' son simples bagatelas. Quienes escriben los diccionarios no aprecian en absoluto el aspecto proteico de las palabras, y detestan la evolución del significado de las mismas tanto como la propia realidad cambiante; efectúan auténticos trabajos de ocultación que pueden delatarse fácilmente echando mano de ejemplos más indicados de innegables 'nuisances': las instituciones, el trabajo asalariado, la contaminación, las centrales nucleares, el sistema productivo, el urbanismo, la alimentación industrial, las neoenfermedades, el racismo, los aparatos represivos, los expertos, los dirigentes, etc. Las palabras no solamente se usan para describir la realidad, sino para transformarla; por consiguiente su sentido camina contra las fuerzas que obstaculizan dicha transformación. Las palabras se reelaboran para revelar la verdad de un mundo, que yace escondida bajo la hojarasca de un lenguaje caduco. Por eso, en dirección contraria a todos los diccionarios existentes, L'Encyclopédie des Nuisances trata de hacer pública la dimensión histórica de las palabras, que, para

el caso de 'Nuisance', equivale a la revelación de la característica más común de la organización social actual y del más abundante de los efectos de la producción moderna.

2. Lyonnaise des Eaux, es una multinacional del tratamiento de aguas

3. Waetcher es líder especialmente soporífero de los Verdes franceses, diputado europeo.

4. CRII-RAD es la Comisión Regional Independiente de Información sobre la Radioactividad.

5. GSIEN es una agrupación de científicos para la información sobre la energía nuclear.

6. «Robin des bois» es un grupúsculo más activista que Greenpeace, de donde proviene, especializado en operaciones espectaculares del tipo de escalar torres de refrigeración de centrales nucleares.

7. Vergés es un inmundo abogado, antiguo estalinista y tercermundista, especialista en pleitos con escándalos en los procesos que impliquen al Estado francés (como por ejemplo la defensa del torturador nazi Klaus Barbie).

8. Montchanin es una ciudad de la región francesa de Morvan, en cuya proximidad existe un vertedero industrial que, clandestina e ilegalmente, durante años acogió residuos tóxicos de la química europea (y probablemente los bidones que contenían la dioxina de Séveso).

9. Téléthon es un programa televisivo muy cretinizante, en donde se apela a la caridad popular para llevar a cabo diversas buenas obras médicas.

Correspondencia

Desde FRANCIA

(Consideraciones al artículo de Etcétera sobre la «Democracia»)

La democracia y la aparición del individuo no se deben únicamente al nacimiento de la burguesía. El individuo existe ya en la Grecia antigua y se desarrolla al mismo tiempo que el concepto de «valor» (que es distinto al de «capital»). El desarrollo del individuo «libre» no tendrá continuación ya que el concepto de valor irá en regresión. Esto no llevará a la desaparición del individuo como tal, que es reabsorbido por la comunidad, pero, sin embargo, las relaciones interpersonales persistieron a menudo en el mundo feudal: la dependencia personal ya sea la de «esclavo/ dueño» o la de «siervo/ señor» o la de «vasallo/ soberano» conlleva la idea y la realidad del individuo. El Capitalismo, en su fase original, no ha hecho más que rescatar este movimiento (tendencia) convirtiéndolo en contractual, o sea que las

relaciones interindividuales descansarían por primera vez en la igualdad de los individuos libres. Sólo, pero de manera muy rápida, con el desarrollo de la Gran Empresa y de la complejidad del sistema, lo que dominará será la abstracción de las relaciones sociales, del individuo y de la comunidad.

Lo que sigue sobre fascismo y democracia está plagado de anacronismos que alimentan una reflexión muy restrictiva: por ejemplo «las exigencias del mercado» y el «consenso» se hallan ya presentes en los años 30 al mismo tiempo en el fascismo que en la democracia. Pero al fascismo le importaban un bledo las exigencias del mercado y desde el punto de vista económico no presentaba ningún tipo de racionalidad. Si existía alguna racionalidad no era otra que la que se desprendía de los objetivos propios del sistema. El gran capital alemán no se alió a Hitler hasta que no se dio cuenta de lo que representaba la industria de guerra para los Konzern que tenían gran preponderancia en la siderurgia. (Existían evidentemente también razones sociales). Igualmente, para que haya consenso, éste debe existir más allá de las clases sociales, ya que éstas han perdido su papel histórico como sujetos. Este no es el caso tanto en lo que concierne a los frentes populares francés o español como a la resistencia durante la guerra. Las luchas en el interior del movimiento anarquista español como el rechazo a entregar las armas por parte de los partisanos italianos durante casi diez años, nos muestran que el antifascismo no puede confundirse con la democracia moderna del consenso. Afirmando esto no busco rehabilitar cualquier antifascismo sino simplemente marcar unas distancias con las simplificaciones polémicas y políticas de la ultraizquierda tradicional, simplificaciones sacadas la mayoría de las veces de Bordiga pero tratadas de manera ahistórica. De igual manera, hacia el final, comparáis los poderes actuales del Estado a las del fascismo, esto es confundir democracia totalitaria y fascismo. Esto corresponde a una confusión teórica entre una sociedad que permite la «libertad» desarrollando un paisaje en el que la gente no quiere expresarla más o, a lo sumo, de manera irrisoria y una sociedad que tiene como finalidad la destrucción de cualquier vestigio de esta libertad, para lograr por la fuerza, lo que no puede lograr mediante su desarrollo interno. Sea, pero me parece muy grave, esto es ceder a una facilidad de lenguaje precisamente en una época en que justamente, ya que el lenguaje se halla tan falseado, es realmente muy necesario precisar lo que se quiere decir. No es precisamente «pensamiento eslogan» lo que precisamos (Cfr. n° 1 y 2 de «Maintenant le communisme») sino más bien una reflexión balance que nos permita comprender el mundo y nuestro propio itinerario. Referente a esta doble exigencia, sería erróneo creer que tenemos razón en contra de la historia o que la historia nos da la razón. La crítica no puede salir indemne de los desórdenes actuales ya que no se realiza fuera del mundo. La teoría ha podido creerse vanguardia y anticipación pero ha sido adelanta-



da por muchos lados por este mundo. Prueba de ello reside para mí en los pocos textos que aparecen hoy en día que tengan algún interés desde el punto de vista de la confrontación de las ideas. No poseo recetas-milagro, pero después de los tres primeros números que abarcaban de cerca la actualidad, el n° 4 de Temps Critiques aportará algunos elementos en este sentido: artículos sobre trabajo y actividad, sobre la gestión de los recursos humanos y sobre los movimientos sociales componen este número (aparición, mediados de diciembre).

Jacques, diciembre 91

Desde BERLIN

La increíble rapidez con la que se extienden los ataques racistas en Alemania, me obliga a escribiros inmediatamente.-

Desde el año pasado se puede observar, tanto en la antigua R.D.A. como en la R.F.A. un aumento continuo de ataques incendiarios a los campos de refugiados. Desde que se produjo el pogrom de Hoyerswerda (ciudad de la antigua R.D.A. con 70.000 habitantes) a finales de setiembre, se suceden las noticias sobre ataques cada vez más brutales, que llegan a ser de 10 a 25 diarios, de manera que sólo en el mes de setiembre se han cometido tantas agresiones como en el resto de este año.

Si ya fue chocante la actitud pasiva de los testigos en los ataques anteriores al pogrom de Hoyerswerda, cuando tiraron del tren a gente de color o las que agredieron en medio de calles de gran circulación, los ataques al campo de refugiados de Hoyerswerda significaron un cambio amenazante. Aquí se produjo un verdadero pogrom, iniciado por jóvenes derechistas en colaboración con los habitantes de la ciudad, los cuales animaron a los primeros a tirar cócteles molotov en un ambiente de fiesta popular. Como consecuencia de lo anterior se efectuó el traslado de los refugiados a diferentes ciudades.

En la antigua R.D.A se puede intuir la existencia de un plan de actuación de los derechistas, los cuales, sabiendo dónde viven actualmente los trabajadores extranjeros, van a sus casas, abren la puerta de una patada y los golpean. De esta manera Dresde, según dicen, se ha convertido en una ciudad «libre de extranjeros», bajo el lema: «Ningún extranjero se queda más de dos días en esta ciudad». Es decir, es probable que exista un sistema de organización y espionaje al cual dirigirse.

En algunas ciudades de la antigua R.D.A se están produciendo situaciones en las que (independientemente del porcentaje de extranjeros) las mujeres no se atreven a salir solas a la calle después de las siete de la tarde, debido a que, cada vez más, las calles están pobladas de grupos y bandas de borrachos y provocadores buscando camorra, provocando a cualquier persona, lanzando proyectiles luminosos y disparando tiros al aire... Esta situación la toleran los habitantes de forma indiferente, preguntándose con la actitud clásica de las víctimas: «¿Qué podemos hacer nosotros?» -

Es bien conocido el papel de la policía en relación con los nazis. Hay que añadir, que en la antigua R.D.A suelen decir:

por un 60% del sueldo con respecto a la R.F.A, no tenemos ganas de que los nazis nos muelan a palos... «y dejen correr las cosas» (¿en convivencia con los nazis?).

Entretanto, pienso que existe un tiempo antes y después de Hoyerswerda. Antes de Hoyerswerda nadie quería entender lo que ocurría verdaderamente en las calles. Después de Hoyerswerda se critican los ataques. Si se continúa con esta dinámica, temo que será precisamente esta gente la que gritará en favor de un «Estado fuerte».

Lo que puede observarse ahora es un odio y una envidia que ha ido extendiéndose continuamente durante los últimos años y que se produjo originariamente contra el tratamiento oficial de los inmigrantes del Este de Europa. El gobierno de la R.F.A. está empeñado desde hace cuatro años en una política ofensiva de repatriación de los europeos de origen alemán, presionando por un lado a los gobiernos orientales y por otro financiando generosamente su integración. Pusieron a disposición de los inmigrantes pisos baratos de forma inmediata, mientras que la gente de aquí tuvo que esperar. También obtuvieron inmediatamente puestos de trabajo y cursos de formación subvencionados por las oficinas de empleo y consiguieron plaza en los jardines de infancia...

Pienso que esta política contribuyó también a debilitar los estados orientales (eran miles y miles de personas las que querían venir a la R.F.A.) y sobre todo forzó la huida de masas de alemanes orientales a través de Hungría y Checoslovaquia en el verano de 1989.

Los refugiados de la R.D.A. fueron tratados en la R.F.A. de la misma forma, lo que produjo, hace dos años, conflictos considerables en una situación social ya complicada. Pero en ese tiempo los conflictos se compensaron sobre todo con charlas privadas en el trabajo o en los bares. La alegría por la caída del muro y su espectáculo escenificado sólo pudieron encubrir esta problemática a corto plazo. Semanas después esa alegría cambió bruscamente y se convirtió en agresiones contra los «ossis»: tiendas vacías, largos periodos de espera en instituciones públicas, calles repletas de gente, una competencia cada vez más fuerte en el mercado de trabajo y en la situación inmobiliaria...

Para que se puedan explicar los pogroms en la antigua R.D.A. es necesario considerar el fracaso de la sociedad de la R.D.A. La producción industrial disminuyó un 50%, el mercado interior sufrió un colapso debido a la avalancha de mercancías procedentes de la R.F.A., la exportación hacia los estados orientales es casi nula debido a su insolvencia y ya no son capaces de competir bajo las condiciones del mercado libre. La creación de una producción independiente la impiden los consorcios occidentales, que compran las instalaciones de producción para cerrarlas a continuación. Hay que añadir a esto el colapso de la agricultura de la R.D.A por la inundación del mercado con los excedentes de la Comunidad Europea.

Respecto a la disolución del antiguo aparato del poder, la SED (Partido Socialista Unificado Alemán), y a la reorganización del mismo por medio del gobierno de la R.F.A., hay que decir que dentro del vacío de poder surgido en el período de

transición apenas se han realizado proyectos emancipatorios, sino que al contrario, ha surgido una criminalidad organizada y con ella los grupos derechistas. Parece como si la R.D.A. se haya convertido en el refugio de los estraperlistas de coches, armas y droga, y continúe como eje giratorio entre las grandes bandas de Europa Oriental y Europa del Sur y Sudamérica. Mientras tanto la lucha por la distribución se efectúa ya con granadas de mano y ametralladoras.

El estado de abastecimiento público casi ha sufrido un colapso respecto a las instalaciones sanitarias, debido a su privatización. Las instituciones de asistencia social y de empleo intentan paliar el caos mediante decretos de emergencia. El sistema de enseñanza se enfrenta a una reestructuración colonial y en el mercado de viviendas, que hasta ahora era estatal, los alquileres se han cuadruplicado o quintuplicado. En este marco social, no se puede excluir que los estalinistas, desde sus antiguas y nuevas posiciones se empeñen en agravar de forma artificial la falta de abastecimiento.

En cuanto a la anexión de la R.D.A., opino que el gobierno de la R.F.A. aparte de que pretendiera extender su esfera de poder al territorio de la antigua R.D.A., tenía otro móvil esencial, a saber: reorganizar y centralizar el poder de otra forma en la propia R.F.A. En este sentido el problema R.D.A. «le venía muy bien al gobierno para limpiar el ambiente político, pero el gobierno no tenía ni idea de las dimensiones del problema».



Tan solo la necesidad increíblemente alta de capital (cifras no publicadas demuestran que sólo la implantación de la «unión monetaria» ha costado al Estado más de 500.000 millones de DM, y que será necesaria una inversión anual de aproximadamente 300.000 millones de DM para que se frene el colapso total de la R.D.A.) superan absolutamente las posibilidades de financiación de la R.F.A. Hay que añadir que el gobierno de

la R.F.A. no tiene ningún interés en invertir en la antigua R.D.A., ya que es suficiente un crecimiento de la producción de sólo un 10% para abastecer todo el mercado de la R.D.A.

Las dificultades del mercado mundial podrían agravar la alta demanda de capital por parte del gobierno de la R.F.A. Toda medida destinada a cubrir esta demanda, que implique retirar dinero de la circulación dentro del país, contribuye a agudizar los problemas económicos, tanto si se imprime más dinero como si se reduce el poder adquisitivo de la población por medio de este tipo de medidas. En ambos casos se producen efectos recesivos que conducen a la «Weimarización» de la situación social.

Puesto que desde hace 10 años, todos los partidos políticos (incluso los verdes) y las organizaciones sindicales se han movido tendencialmente hacia la derecha, supongo que ante la crisis acuciante, aunque diferente en la R.F.A. y R.D.A., intentan crear un consenso ideológico acentuando la «identidad nacional».

Actualmente los grupos fascistas actúan de forma que, según mi opinión, no existe todavía el peligro de la formación de un movimiento de masas. Además los fascistas dependen aún de la tolerancia de la prensa y el Estado. Pero temo que, cuando estos grupos tengan un programa anticapitalista, exista el peligro de un movimiento fascista de masas.

Günter, noviembre 1991.

Desde STUTTGART

Las cartas que habéis recibido de Alemania describen bastante bien el ambiente racista. Una ola de ataques racistas cometidas por jóvenes inunda, tanto la ex-RDA como la RFA. Sólo en la Nochebuena los ultraderechistas agredieron tres campos de refugiados.

Los grupos nazis se componen sobre todo de jóvenes, a veces menores de quince años, que en su mayoría no proceden como se podría sospechar del proletariado, es decir que no son jóvenes frustrados y desilusionados, sino de la clase media y de la burguesía. Pero eso no significa que estas bandas poco organizadas no estén influidas por partidos ultraderechistas. Después de la apertura del muro, los fachas organizados fueron los primeros que fueron a la RDA para distribuir sus folletos de propaganda en las manifestaciones. Llegaron en furgonetas, cargadas de material de propaganda a más no poder. Ante esta situación, el gobierno alemán se comporta de manera hipócrita: por un lado lanza la leyenda del barco lleno, intentando modificar la ley fundamental de asilo. Esta postura hipócrita y contradictoria también se encuentra en todos los partidos parlamentarios alemanes, hasta los Verdes (los cuales a veces ganan a los cristiano-demócratas en lo que se refiere a sus reivindicaciones racistas) y en los medios de comunicación. Se puede encontrar en la misma revista, por ejemplo en el Spiegel, anuncios antiracistas y artículos difamatorios, en los que se exigen leyes agravadas. Creo que para una gran parte de la clase media, ésta es la forma normal de compensar su propio racismo.

Como reacción a este racismo ha surgido un movimiento antirracista con todas sus facetas, de forma que se han organizado un sinfín de manifestaciones antirracistas y se han creado grupos antirracistas y/o antifascistas en todas las ciudades.

De ningún modo pienso que en Alemania exista el peligro de un nuevo fascismo, si se tiene en cuenta que el sistema político alemán cumple con todas las exigencias del Capital. Lo que es normal es que los fachas y el gobierno tengan una relación bastante «amorosa» —en cierto sentido una simbiosis— pero los nazis nunca serán un socio importante o serio, más bien sirven como pioneros y orientadores que influyen en la opinión pública para desplazar el ambiente social hacia la derecha y haga más fácil al gobierno la realización de su política racista: por ejemplo aprobar una nueva ley de extranjería.

Al sistema le interesa la existencia de un cierto grado de racismo, para evitar que surjan sentimientos de solidaridad, es decir una lucha conjunta de obreros alemanes y extranjeros. Por otro lado no le interesa que se cree un ambiente propicio a los linchamientos y pogroms teniendo en cuenta que necesita la mano de obra extranjera. Además, a los capitalistas no les resulta rentable que los trabajadores estén siempre peleándose en vez de trabajar. Eso explica también, un poco, la contradicción que hay en el comportamiento del poder.

Hay que destacar que el gobierno alemán dispone de todos los remedios para controlar la situación y, por lo tanto, asegurar los beneficios: tiene leyes impregnadas de racismo. Alemania está en la cima del poder y no necesita la represión y la vigilancia total (elementos fundamentales del fascismo) para asegurar el funcionamiento del sistema. Que nadie piense que Alemania, es decir el gobierno alemán, no sería capaz de controlar un movimiento fascista, todavía marginal, con todos los medios que tiene a su disposición: policía secreta, miles de datos, leyes, reglas, ordenanzas, etc.

A mí me parece bastante incomprensible la opinión de los que hablan de una crisis económica profunda en la RFA, provocada por la unificación y los altos gastos derivados de ella. Hay que tener en cuenta que los nuevos mercados de la Europa Oriental ofrecen posibilidades de explotación y de ventas enormes. Los capitalistas lo expresan muy claramente. En un discurso del gerente de FLAT Automóvil en Stuttgart, Paolo Cantarella, dijo, refiriéndose al mercado oriental, que ya están proyectados los programas de conquista y que los próximos 10 años serán fundamentales para la determinación de las esferas de influencia. En esta frase se ve claramente cómo los capitalistas actúan como colonizadores, utilizando la típica terminología colonial.

Los inversores occidentales pueden aprovecharse de una demanda inmensa y de costes salariales bajos. Por ejemplo en el sector de automóviles, donde hasta el año 2010 se prevén unas ventas de 4,3 millones de unidades en el Este, cifra que supera las ventas en Europa Occidental.

La sociedad capitalista produce continuamente, a través de la competencia, la marginación de los enfermos, los incapacitados, los viejos, las mujeres y los no-alemanes. El sistema tiene por tanto que implantar el racismo en los cerebros de la gente, porque su enemigo más peligroso es el proletariado unido. El eslógan alemán del «pueblo unido», es decir de «alemanes unidos», no debe enturbiar el hecho sencillo de que las verdaderas fronteras no son las que separan a los pueblos sino las que dividen a las clases.

A., enero 1992.



Desde DRESDE

En Dresde se ha desencadenado el diablo (los nazis). Los atentados son cotidianos. En cierto sentido es como la guerra. Los nazis utilizan bombas lacrimógenas y cócteles molotov para agredir y prender fuego en las viviendas, en los cafés y en las tiendas. Es terrible. A R. lo agredieron en su coche con una bomba incendiaria. Se salvó por poco. Lo peor es que los nazis la han tomado con nuestro hijo (ocho años). Lo han intentado atropellar y lo han sometido a una verdadera caza del hombre. En estos momentos vivimos constantemente «en estado de autodefensa», ya que nuestra vivienda ha sido amenazada y esperamos ataques, los cuales por suerte aún no se han producido. Es espantoso para los nervios. Nuestro grupo no se ocupa más que del antifascismo, lo cual es bastante peligroso. Estando de información, folletos, manifiestos. Intentamos proteger las casas de los extranjeros. La policía, o no hace nada o nos cae encima también. En fin, lo que hace la policía en todos los países. Nuestro grupo se reúne casi cada dos días, estamos todos abatidos y, sobre todo, muy tristes, porque aquí la población no emprende nada, o sea, toma partido por los nazis.

J., octubre 1991.

Hemos recibido...

SCIENCE AS CULTURE, Free Association Books, 26 Freegrove Rd. London N7 9RQ. Gran Bretaña. n.º. 11, volumen 2, 2a parte. Artículos en torno a la manipulación médica en el diagnóstico del cáncer de útero; caos y entropía, metáforas en la teoría social y filosofía de la ciencia en la era postmoderna; tecnologías para el diseño de armamento, etc.

COLLEGAMENTI. Wobbly. Lungo Dora Agrigento 77, 10152 Torino. Italia. Otoño 1991, n.º. 28. Monográfico dedicado al nacionalismo, que se aborda desde distintas perspectivas (nacionalismo y populismo; desarrollo desigual; separatismo étnico; América: exterminio, racismo, espectáculo).

COLLEGAMENTI. Wobbly. Invierno 1991-92, n.º. 29. Particularismos en la lucha en las reservas urbanas de Estados Unidos. Explosiones de cólera en las ciudades de Francia (traducido en este número de ETC.). Crítica del pacifismo alemán y cuestionamiento del estado de Israel. Sobre el nacionalismo irlandés. Además, un dossier compuesto por varios artículos en torno al sindicalismo.

EKINZA. Revista libertaria, n.º. 9, invierno 91-92. Artículos sobre: independencia y opción libertaria; la crisis del sindicalismo; debate sobre la insumisión; reflexiones sobre la masculinidad; Yugoslavia desde Yugoslavia...

INICIATIVA COMUNISTA. N.º. 17, diciembre 1991. En su atención por los derechos civiles, dan cabida en la revista a dos artículos contra la Ley de Seguridad Ciudadana, así como una entrevista con el abogado de la acusación particular del caso de los GAL; tratan también sobre el racismo, la objeción de conciencia, el terrorismo, los palestinos, las privatizaciones en el Este, y prensa y censura en EE.UU., entre otros temas.

YUGOSLAVERY. Revista editada en inglés por exiliados yugoslavos en Francia. En cuatro artículos pasan revista a la lucha de clases en Yugoslavia. La recuperación del proceso de construcción capitalista desde 1918 a 1967. La ideología yugoslava desde la idea del federalismo monárquico hasta el titismo. Análisis detallados de los elementos -más enconados en las distintas nacionalidades que ahora estallan en enfrentamientos armados, la ideología y el poder de contención/reglamentación de las contradicciones

sociales. El papel de la censura y autocensura en la prensa como elemento represivo de la disidencia. Correspondencia sobre la huelga de mineros en el distrito de Aldona.

EL LEVANTAMIENTO KURDO Y EL FRENTE AMPLIO NACIONALISTA KURDO y SUS NEGOCIACIONES CON EL REGIMEN BAAISTA/FASCISTA.

Este es el título de un interesante informe sobre el desarrollo de la resistencia kurda y el papel jugado por los políticos nacionalistas, dispuestos a todo antes de dejar el poder en manos del pueblo levantado. Así vemos como estos dirigentes pactaron en el momento de máxima debilidad de Saddam Hussein, facilitándole la represión de miles de kurdos que decidieron seguir la resistencia. También se informa del siniestro papel de las tropas aliadas en su entrada en Irak, decididas más a acabar con las tropas de leva del ejército de Saddam, -focos insurreccionales contra el régimen Irakíe- que respetaron e incluso protegieron a la Guardia Republicana, para no dejar desarmado a Saddam en su misión de restablecer el orden frente la insurrección kurda. En otro artículo se comenta el sistema de organización consejista de los obreros kurdos asentados en Irán.

AL PIE DEL MURO. (1942-1954). Abel Paz (hacer editorial, 1991)

Convertir la memoria en amnesia es tarea a la que cada vez más se dedican los medios de información, cuando esta memoria es subversiva. En el caso de España esto aumenta cuando se refiere al período de la transición. *AL PIE DEL MURO* nos devuelve partes de esta memoria en el transcurso de los años 40 y 50, y toma como acicate para su actual aparición el total escamoteo de la transición; como dice la contraportada del libro «quizás nunca lo hubiera hecho de no haber mediado, a partir del año 1975, los hechos que configuraron la transición política española, modelo de escamoteo de responsabilidades políticas, económicas y criminales; es decir un borrón y cuenta nueva a espaldas del pueblo».

AL PIE DEL MURO, relato autobiográfico de Abel Paz, nos da cuenta del mundo carcelario de la España franquista durante los años 1942-1954, y de los distintos avatares de la resistencia libertaria.

Empieza con la entrada clandestina a España desde Bagnuls sur Mer, su primera actividad en la recomposición del movimiento libertario, la primera caída y el

ingreso en la cárcel Modelo de Barcelona. Estamos en 1942. De la Modelo sale para el penal de Burgos (1944-46); años de una fuerte resistencia en las ciudades de Levante, Cataluña y Andalucía y de guerrilla en los montes Galaicos, Asturias, Pirineo, Guadarrama y sierras Andaluzas, que se transluce en las discusiones entre la militancia dentro del Penal.

De Burgos a la cárcel de Salt (Gerona) de donde sale en abril del 47: breve período de libertad y de militancia clandestina en Madrid en un difícil momento en el movimiento libertario, con una CNT cuyo comité nacional juega a fondo la carta monárquica, y con la difícil constitución del Comité peninsular de la FUC y de la FAI.

Nueva detención en Barcelona en agosto del 47 y de nuevo la cárcel Modelo. La vida en la sexta galería, el acontecer exterior; la guerrilla del grupo Sabater, el ajusticiamiento a balazos de Raul Carballeira, el relato de su «paseo» que acaba justo antes del tiro en la nuca, gracias a las rivalidades entre la brigada de Madrid y la de Barcelona, son algunos de los aspectos del relato de Abel Paz durante estos años 47-52. De La Modelo sale para el penal de Cuéllar (Segovia) y de allí en libertad. Abril del 52.

Acaba el relato con el congreso de la AIT en París de 1952, las contradicciones de la CNT en Toulouse y el camino del exilio.



Escena de la revolución rusa

